

Selecciones
POLICIACAS

FBI



**SIEMPRE
PAGAN**

**MORTIMER
CODY**

SIEMPRE PAGAN

MORTIMER CODY

SELECCIONES DEL F.B.I. 54

© MORTIMER CODY

Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S. A.
PINTO (Madrid)

Publicación semanal
Aparece los viernes.

D. L. M. 12.742-1972
GRAFICAS LORMO
Isabel Méndez, 15
Madrid — 18

CAPÍTULO PRIMERO

LAS once y seis minutos.

El hombre se mordió los labios, al reparar en que había consultado su reloj cuatro o cinco veces en un minuto.

Su nerviosismo era evidente. Tenía la frente húmeda; brillaba a las luces rojizas de la terraza del hotel Rosen, las cuales producían un extraño efecto en el rostro del joven. Además, éste dirigía continuas miradas al arco de entrada, bordeado por palmeras enanas y cactus gigantes trasplantados del desierto.

Sudaba pese al fresco ambiente de la terraza, donde la música suave, sin estridencias, actuaba como sedante.

Varias parejas bailaban en la pequeña pista circular; la gente que abarrotaba las mesas hablaba y reía discretamente.

Y él estaba solo, esperando.

Encendió un cigarrillo; uno más. Miraba al reloj y luego al arco de entrada.

¿Por qué diablos no aparecía de una vez aquel tipo maldito?

Cliff Boone se removió en su asiento y aplastó con rabia el cigarrillo contra el cenicero. Tenía la boca seca; sentía un vacío en el estómago. Bebió un sorbo del vaso que contenía menta con hielo y le supo a diablos.

¿Joven? Cliff Boone era en realidad casi un muchacho. Tenía veintiún años. Su rostro era agradable, un tanto infantil, aunque en aquellos momentos estaba contraído nerviosamente. Ojos oscuros, al igual que el cabello, cortado casi a cepillo. Alto, ancho de espaldas, cuello grueso, musculado. A simple vista, Cliff Boone parecía un deportista.

Al menos, su indumentaria también lo era: pantalón gris claro, camisa blanca y jersey azul oscuro. Calzaba finos zapatos marrones. Con un pañuelo blanco se enjugó el sudor de la frente.

Guardó el pañuelo y echó un vistazo a la cartera de cuero que había dejado en el suelo apoyada en las patas de la silla. Y al levantar la vista vio a aquella mujer.

Ella acababa de atravesar el arco y se dirigía rectamente hacia la mesa ocupada por Cliff Boone.

Este entornó ligeramente los ojos, tratando de captar algo oculto tras

la sonrisa de la joven.

Una sonrisa que iba dirigida a él, a Cliff Boone.

En otras circunstancias, a Cliff no le hubiera sorprendido que una mujer le dirigiera una sonrisa. Cliff estaba acostumbrado a ello. Su aspecto juvenil, sano, fuerte, la vivacidad de sus ojos, su boca grande, que normalmente sonreía, eran alicientes para cualquier mujer.

Y también en otras circunstancias, el gesto de Cliff hubiese sido distinto, por una razón muy sencilla: la mujer lo merecía.

Seguía acercándose a la mesa ocupada por el joven Boone. Avanzaba tranquilamente, con paso medido, calculado, contoneándose lo justo, lo sabio. Desafiaba su busto erguido, apretado por el corpiño del vestido de noche, de raso azul, muy escotado, dejando ver sus hombros bronceados, redondos. Rostro ovalado, moreno; ojos rasgados, de un azul intenso, y cabellera negra, recogida en un peinado alto, que contribuía a dar majestad al conjunto.

La sonrisa de aquella mujer era un tanto burlona; dejaba colgar ligeramente el labio inferior, carnoso y rojo. Llegó junto a Cliff e inquirió:

—¿Puedo sentarme?

Cliff Boone cerró un instante los ojos. Luego, secamente, preguntó:

—¿Quién es usted?

La mujer pareció sorprendida. Luego, la burla de su sonrisa se hizo más evidente.

—Vaya... —musitó—. ¿Qué le ocurre? ¿Teme a las desconocidas?

Cliff reaccionó un tanto. Consiguió esbozar una sonrisa, aunque no logró disimular su preocupación por completo. Dijo:

—Cuando son tan hermosas como usted, sí.

—No lo ha dicho muy convencido—suspiró la mujer—. ¿Puedo sentarme?

—Hágalo—gruñó Cliff.

El joven no se movió ni hizo intención de ofrecer la silla a aquella mujer. Esta no pareció notar la tensión de Cliff, y se las arregló por sí misma. Cuando estuvo sentada dejó su bolso sobre la mesita, del cual extrajo un paquete de «Pearl».

Encendió un cigarrillo, en silencio, sin mirar a Cliff. En cambio, éste escrutaba atentamente a la mujer. Miró su boca, sus manos; la garganta bronceada, el palpitante nacimiento de los senos.

Mientras, seguía la música; seguía el ambiente fresco, pacífico, en la terraza, aunque para Cliff la atmósfera había adquirido de súbito una tensión que abría los poros de

.todo su cuerpo.

Por fin, la mujer, después de exhalar una bocanada de humo, le miró. Murmuró:

—Es una lástima.

Cliff su humedeció los labios.

—¿Se refiere a mí? —gruñó.

—Sí. No parece muy predispuesto a pasarlo bien. Estamos en el hotel Rosen, el mejor de Phoenix. Buen ambiente. Música, brisa, palmeras, mujeres hermosas... Una lástima, sí.

—Vayamos al grano. ¿Quién es usted? —inquirió Cliff, de nuevo, mirando fijamente a los ojos de aquella mujer.

Ella soportó la mirada; apareció en sus pupilas intensamente azules una chispa de dureza, de frialdad.

—Está bien—murmuró, sin alteración alguna en su voz—. Iremos al grano: ¿ha traído el dinero?

Cliff encajó las mandíbulas. Sus nudillos blanquearon, al apretar los puños que tenía sobre la mesita.

—No hace falta que adopte esas actitudes—dijo la mujer, con cierta ironía—. En la vida hay que ser prácticos; saber aceptar las cosas tal como vienen. El melodrama tiene muy poca utilidad en la vida real.

—No es melodrama—rezongó Cliff—. Lo que ocurre es que de buena gana te rompería la cara, mujerzuela del diablo.

La mujer palideció ligeramente.

—Cuidado, Boone—dijo, conteniendo su ira—. Has dicho que fuésemos al grano, ¿no?

¿Esperabas otra cosa de mí?

—Por tu aspecto, sí—machacó Cliff—. He visto muchas mujeres como tú. Ella consiguió sonreír.

—Bueno, desahógate—dijo—. Tus insultos son una mísera venganza, ¿no?

—¿Insultos? —inquirió mordaz Cliff. La mujer se mordió el labio inferior.

—Creo que no ganamos nada poniéndonos en evidencia en la terraza —dijo luego.

—¿Tienes algún sitio mejor?

—Mi habitación. Vamos.

Hizo intención de incorporarse, pero Cliff la contuvo.

—Un momento—gruñó el joven—. Supongo que no pensarás la tontería de que voy a entregarte a ti el dinero,

—No he dicho eso—rezongó la mujer—. ¿Vamos?

Cliff pensó rápidamente. Muy bien: iría con ella. De todos modos, aquella espera ya le había desquiciado. Y cuanto antes acabara aquello, tanto mejor.

Bien... En cuanto acabara la primera parte de «aquello». Luego vendría la segunda, aunque ellos no podían saberlo.

—De acuerdo—dijo.

Se incorporaron ambos. Cliff dejó un billete sobre la mesita como pago de la consumición y luego tomó la cartera de cuero, echando a andar junto a aquella mujer. Atravesaron el arco, dirigiéndose hacia la entrada del hotel, inundado de luces en aquellos momentos, animado. Frente al edificio, levantado con hierro y cristal, estaba el aparcadero semicircular, atestado de coches. A unas veinte yardas discurría la brillante Buckeye Road, que daba salida a la carretera 80 del Estado de Arizona.

El «hall» del hotel estaba concurrido por gente que entraba y salía. Se dirigieron hacia el ascensor, en silencio. Poco después estaban en el solitario rellano del segundo piso. Ella guió a Cliff hacia la puerta de la habitación 220. Extrajo la llave del bolso y abrió la puerta.

—Entra—dijo.

Cliff penetró en la «suite». Echó un vistazo, observando el lujoso y moderno mobiliario.

¡Maldita sea! Se podía vivir de aquella manera con dinero sucio...

Vio la columnita de humo que aparecía por detrás del respaldo de uno de los sillones del tresillo. Miró la mesita de centro y vio el cenicero y un vaso mediado de whisky con hielo.

—Adelante, Boone—dijo una voz.

Cliff apretó los dientes y avanzó. Quedó frente al hombre que estaba apoltronado en el sillón, fumando plácidamente.

Un hombre de cuarenta y tantos años, de cabello castaño con algunas canas y ojos grises, fríos, pequeños, que quedaron fijos en los de Cliff. El tipo parecía recién bañado y perfumado y se cubría con un batín. Aquel hombre hizo un perezoso gesto con la mano derecha y dijo:

—Siéntese, Boone. No hay por qué realizar los negocios en posturas incómodas.

—Cínico maldito—masculló Cliff.

—No se ponga así, muchacho—sonrió el tipo—. Cierto que usted es demasiado joven y me temo que impulsivo. Poco inteligente, en resumen. Voy a darle un consejo: no se busque complicaciones.

—Ya me las ha buscado usted. ¿Sabe que yo vivía muy tranquilo?

—Me consta—sonrió aquel hombre—. Pero la vida... Ya se sabe. A veces, estúpidamente, olvidamos. Y no. La vida no perdona.

—A mí nada tiene que perdonarme—gruñó Cliff.

—De acuerdo. Tampoco va nada con usted, Boone.

—¿No? ¿Quiere decirme quién va a ser el principal perjudicado con todo esto? —inquirió Cliff.

El hombre pareció sorprendido. Tenía arqueada la ceja derecha.

—¿Perjudicado? Nadie, Boone. Nadie saldrá perjudicado. En esta operación no habrá perjudicados. Sólo alguien, yo, a quien usted hace

un pequeño favor, a cambio de otro. Eso es todo.

Cliff gruñó:

—No estoy muy seguro de eso.

—Vamos, vamos. ¿No quiere sentarse? ¿Un whisky? Tranquilícese. Aquí se trata sólo de que nos vamos a ayudar mutuamente. No tenemos por qué ser enemigos.

Cliff sonrió torcidamente. Brillaban sus oscuras pupilas.

—¿De veras cree que no somos enemigos? —inquirió.

—No sea pesado, Boone. ¿Por qué habíamos de serlo?

—Usted... y ésa—gruñó, mirando a la mujer, que, en silencio, se había sentado en el brazo del sofá—, y algunos más, claro está, puesto que usted solo no hizo lo del First National Bank de Los Angeles, son enemigos míos y de toda la gente decente de Estados Unidos.

El tipo suspiró.

—Lo dicho: usted es demasiado joven y tiene la lengua muy suelta, muchacho. Deme el dinero.

—Aquí está.

Cliff arrojó rabiosamente la cartera contra el sofá del tresillo. La cartera se abrió y algunos fajos de billetes se deslizaron hasta el suelo. Por unos instantes, los ojos de aquel hombre y los de la mujer quedaron fijos en el dinero. Luego el tipo sonrió y volvió la cabeza hacia Cliff.

—Perfecto. Ya está.

—Falta algo, ¿no? —gruñó Cliff.

—Oh... claro. Ciertamente. Antes de concluir la operación, voy a hacerle una advertencia, Boone: Olvide esto, ¿comprendido? No ha ocurrido nada.

Yo le di a usted cien mil dólares robados en el First National Bank de Los Angeles, para que los canjeara por otros cien mil de la empresa en que usted es ayudante del cajero. Ya sabe mis motivos: los billetes robados en el Banco tienen una numeración de serie muy comprometida; la lista debe ya estar en manos de cien mil establecimientos de la Unión.

¿Se da cuenta? Podrían atraparnos a causa de eso. En cambio, usted me ha hecho el favor de proporcionarme dinero que no consta como robado. Podré gastarlo como y cuando quiera sin levantar sospechas. Yo, a cambio, le hago otro favor a usted.

—¿De veras cree que la Policía no llegará a la verdad cuando identifique el dinero robado, que ahora está en la caja de mi empresa? Ese dinero está destinado a la nómina del mes y...

—Ahí está nuestra ventaja, Boone.

—¿Nuestra ventaja? —inquirió Cliff.

—Naturalmente. Piense un poco, muchacho ¿Cuántos obreros, operarios y administrativos trabajan en su empresa?

—Pasan de quinientos—rezongó Cliff.

—Perfecto. Más de quinientos honrados trabajadores irán gastando dinero robado. Volverán locos a los de la Policía.

—Acabarán descubriendo la verdad—murmuró Cliff, pesimista—. Es el FBI quien actúa en los asaltos a Bancos Federales. El FBI sabrá que ese dinero entró en la empresa por mediación mía. Aquel tipo meneó la cabeza —Será muy difícil probarlo, muchacho. Su empresa realiza cientos de operaciones de caja diariamente. Ese dinero habrá podido entrar en pequeñas partidas y por diferentes conductos. ¿Comprende ahora el porqué de mi advertencia? Cállese. Olvide. Deje que la Policía o el FBI, o quien sea, se canse de investigar. De usted no tienen por qué sospechar, ¿entendido? No se perjudique a sí mismo, Boone. Pase tranquilo el fin de semana, el lunes regresa a Santa Fe, se reintegra al trabajo y no ha ocurrido nada.

—Sólo un sucio chantaje—gruñó Cliff.

—Usted no ha perdido nada—explicó, paciente, aquel tipo—. Entiéndalo de una vez. Se ha limitado a cambiar cien mil dólares marcados por la misma cantidad que no lo está.

—Está bien. No perdamos más tiempo. Ahora, lo mío—gruñó Cliff.

Aquel hombre abandonó el sillón y, en silencio, se encaminó hacia el armario de la habitación, empotrado en la pared. Descorrió la puerta, buscó en el armario y regresó junto a Cliff con un paquete en la mano.

—Ahí tiene—dijo—. El certificado original y los negativos de la fotocopia.

Cliff tomó el paquete. Comprobó la existencia de aquel documento. Lo leyó otra vez, notando que sus piernas perdían fuerza. Estaba muy pálido.

El tipo se echó a reír.

—No tiene demasiada importancia —dijo—. Eso puede ocurrirle a cualquiera, pero ya le dije que es un error olvidarlo. Usted no debe formarse opinión alguna a causa de ese documento, Boone. Créame. Una vez salga de aquí lo quema, lo destruye, y a olvidar.

Cliff le miró fijamente.

—¿Cree que puedo desentenderme de esto? —inquirió con voz algo ronca.

—Debe olvidarlo—remachó aquel hombre—. No se complique la vida. Y, después de todo, no es, en realidad, cosa suya. Claro que puede hacer lo que le dé la gana; allá usted. Cliff, sin responder, rehízo el paquete, lo dobló, guardándolo luego en el bolsillo trasero del pantalón.

Dirigió una mirada a la mujer, que seguía sentada en el brazo del sofá, imperturbable, enseñando las rodillas morenas, de suave curva y con una chispa de ironía, quizá también algo de compasión, en sus pupilas azules. Luego gruñó:

—Malditos sean.

Echó a andar hacia la puerta, pero le contuvo la voz del hombre.

—Un momento, Boone.

Cliff giró. Miró fríamente al tipo.

—¿Más consejos? —inquirió.

—Sólo uno más —respondió, sonriendo, muy seguro de sí mismo, el tipo del batín, que olía a flores silvestres—. Usted quizá está pensando que con esos documentos en su poder ya está todo solucionado, y no es así, en realidad. Para que lo estuviese, usted tendría que ir a un pueblo francés y quemar cierto archivo, lo cual no creo que haga.

¿Comprende? No piense la estupidez de avisar a la Policía diciendo que sabe dónde está la banda que asaltó el First National Bank. No lo haga, Boone. Yo hablaría y se comprobarían muchas cosas... en el supuesto de que me atraparan. De todos modos, usted se llevaría una sorpresa.

—¿Qué clase de sorpresa?

—Desagradable, por supuesto —respondió el tipo. Cliff apretó los labios.

Dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta de la «suite». Segundos después sonaba un violento portazo.

Veríamos. Sorpresa desagradable... Veríamos.

No se molestó en pulsar el timbre de llamada del ascensor. Bajó a pie, pensando furiosamente, notando el bulto del paquete, que parecía quemarle la piel.

Poco más tarde estaba en el «hall» del hotel mezclado con la gente. Rectamente se dirigió hacia las cabinas telefónicas.

—¿Policía?

—Sí—gruñó una voz.

* * *

—¿Les interesa capturar a los asaltantes del First National Bank en Los Angeles? —inquirió Cliff.

Hubo un ligero silencio al otro lado del hilo.

—Oiga, ¿qué diablos está diciendo? —gruñó la voz del policía.

—Pero... ¿ustedes no saben...?

—¡Nosotros no sabemos nada! Oiga, quien sea: Hace más de un año que no ha habido asalto alguno al First National Bank, en todo el territorio. ¿Qué diablos le ocurre? ¿Está borracho?

En la cabina, el rostro de Cliff Boone se inundó de sudor.

—¿Es-está seguro de lo que dice? —inquirió—. Oiga: hace unos días asaltaron el First National Bank en Los Angeles. Lo sé seguro, maldita

sea.

—Eh, quien sea. Váyase a dormir a su casa o dormirá en nuestro calabozo, ¿comprendido?

—Pero...

—¿Cree que nosotros no nos hubiésemos enterado de haber ocurrido eso que ha dicho, estúpido? —chilló el policía—. ¿Quién diablos es usted? ¿Dónde está?

Lívido, Cliff colgó suavemente el teléfono.

Aturdido, incapaz de pensar nada concreto, permaneció unos instantes en la cabina.

¿Qué maldito lío era aquel? La sorpresa.

La sorpresa desagradable. ¿Era aquella a la que se había referido el tipo?

Abandonó la cabina. Miró hacia los ascensores del vestíbulo, inactivos en aquellos momentos. Ellos, pues, seguían arriba. ¿Y qué? ¿Qué podía hacer él?

En primer lugar, para hacer algo, tenía que comprender bien lo ocurrido. Y no entendía absolutamente nada.

Echó a andar hacía el exterior. Necesitaba refrescarse un poco; necesitaba pensar a solas... sin perder de vista el hotel.

Cliff Boone, en aquellos momentos, llamaba la atención. Pese a su elevada estatura, parecía encogido. Caminaba algo encorvado, muy pálido el rostro, demudado. Sus ojos miraban hacia adelante, sin ver, sin reparar en nada.

El paquete con los documentos seguía quemando su piel.

Capítulo II

SE te ha olvidado el sombrero, Leslie.

—¡Vete al diablo, estúpido!

Leslie Palton hizo caso omiso de la burlona risa de su compañero, que estaba tirado en una silla, en mangas de camisa, leyendo una revista. Y Dalton miró el reloj del vestíbulo del Departamento del FBI en Santa Fe. Las siete treinta de la tarde del viernes. ¿Qué diablos ocurría? ¿Acaso no era fin de semana?

A grandes zancadas, Leslie Dalton, rumiando todo cuanto iba a decirle al inspector-jefe de la Delegación, se acercaba al despacho de éste.

Antes de llegar al despacho, se había abierto la puerta y un hombrecillo de buen aspecto, atildado, salió de allí y Dalton casi tropezó con él ¡Maldita sea! ¿Acaso tendría la culpa de todo aquel esmirriado?

Leslie apretó con fuerza un puño enorme, nudoso, moreno.

Todo en Leslie Dalton era enorme, duro y moreno. Tenía un rostro como machacado en roca, mentón cuadrado, agresivo; boca firme, de labios bien dibujados; nariz recta. Frente amplia, despejada. Sus ojos eran muy negros y poseían un brillo de indiscutible inteligencia.

Leslie vestía una chaqueta clara, deportiva, dando la impresión de que si realizaba algún esfuerzo dilatando los músculos, saltarían las hombreras. Pantalón claro también, que enfundaban unas piernas largas, poderosas, elásticas.

Llegó frente a la puerta del despacho y llamó con los nudillos. Pese a su ira, el inspector era el inspector, y había que respetar las normas.

—Adelante.

Leslie empujó la puerta y penetró en el despacho.

Miró al inspector, que estaba en pie, junto a la ventana que daba a la calle.

Y de súbito toda la ira que sentía Leslie Dalton se esfumó, dejando paso a cierta expresión de asombro, mal disimulado. Leslie quedó en el umbral de la puerta sin saber qué hacer, desorientado por la lividez del rostro del inspector Averell Boone; por la contracción nerviosa del rostro de éste; por el brillo de sudor en su frente.

Además, el inspector Boone parecía haber envejecido diez años en las cinco últimas horas.

—Pasa, Leslie— murmuró, roncamente, el inspector—. Cierra la puerta. Dalton obedeció. Inquirió, mientras se acercaba al inspector;

—¿Ocurre algo malo, señor?

Averell Boone le miró a los ojos. Averell Boone, de ordinario, tenía los ojos brillantes, plenos de energía, de inteligencia; unos ojos que se movían, vivaces, inquietos. En aquellos momentos, sus pupilas parecían algo apagado, muerto.

—Sentémonos, Leslie—musitó el inspector—. Te necesito.

—Bien...

Se sentaron. Dalton extrajo un paquete de cigarrillos, ofreció al inspector y él encendió otro.

Fueron unos instantes de silencio, durante los cuales Leslie Dalton captó la angustia de aquel hombre sentado detrás de su mesa, sin la autoridad y fuerza que había demostrado siempre.

—Leslie, ¿has reconocido al hombre que salió de aquí hace dos minutos? —inquirió el inspector.

—No, señor—murmuró Leslie.

—Se llama Douglas Mann.

—¿Y bien?

El inspector se pasó una mano por la sudorosa frente. Dijo: —Ese hombre es el cajero de la empresa donde trabaja Cliff.

Leslie Dalton se removió, inquieto. ¡Diablos! ¿Le habría ocurrido algo a Cliff?

—¿Se trata de Cliff? —inquirió.

—Creo que sí—fue la respuesta del inspector. Leslie frunció el ceño.

—¿Cree? —gruñó.

Averell Boone vaciló unos segundos.

—Está bien—musitó al fin—. Se trata de Cliff.

—¿Qué le ha...?

Boone atajó con un ademán al agente del FBI.

—Voy a explicar lo que sé, Leslie. No me interrumpas.

Leslie Dalton se limitó a asentir con la cabeza; sostenía el cigarrillo entre los labios y mantenía los ojos entrecerrados, como para librarse del impertinente humillo.

—Douglas Mann, como te he dicho, es el cajero de la empresa donde trabaja Cliff. Este es el ayudante de míster Mann—empezó el inspector—. Dado su importante cargo, míster Mann no puede permitirse el lujo de descansar todos los fines de semana. Son muchas las noches que pasa en su despacho en la empresa, y... —Averell Boone, muy pálido aún, dejó los puños cerrados sobre la mesa—. Bien. Iré directamente al asunto: míster Mann acaba de descubrir una importante cantidad de dinero falso en la caja.

—¿Dólares falsos? —musitó el agente especial.

—Eso es. No conoce exactamente la cantidad, pero supone que se acerca mucho a los cien mil dólares—dijo el inspector.

Leslie Dalton trató de asimilar aquello.

—Muy bien—dijo—. Nos encontramos ante un caso de falsificación de dólares. Pero, dígame, ¿qué diablos tiene que ver en esto Cliff?

—Cliff no está en nuestro apartamento—dijo el inspector. Leslie mostró una sonrisa comprensiva, animadora. Dijo:

—Jefe... El chico tiene veintiún años. Fin de semana; verano, ganas de vivir...

—Déjate de bobadas, Leslie. Hubiera dado mi mano derecha por localizar a Cliff en Santa Fe, aunque hubiese sido en la habitación de una cualquiera. Cliff no está aquí. Ha huido. No hace ni quince minutos que, aquí mismo, he recibido la confirmación de que Cliff encargó un pasaje de avión para Phoenix. Todo su equipaje consistía en una cartera de mano, en la que...

Averell Boone no podía seguir hablando. Inclino la cabeza, mirando con insistencia algunos papeles que había sobre la mesa del despacho.

Leslie Dalton, suavemente, concluyó:

—En la que usted supone que el chico se ha llevado cien mil dólares, aproximadamente, en billetes legítimos, dejando los falsos en la caja.

Fieramente, Boone miró al agente especial.

—Así es. Eso es lo que sospecho—dijo.

—Pero, señor... Cliff es un gran muchacho...

—¡Sé quién es mi hijo! —estalló el inspector—. ¿Sabes por qué lo sé? Lo sé porque no he hecho más que preocuparme de él y de la dirección de esta Delegación del FBI. Esta ha sido mi vida desde muchos años, ¿comprendes? Y, por esa misma razón, porque sé quién es Cliff, necesito que esto se aclare. ¿Te das cuenta? Douglas Mann ha estado aquí a formular una denuncia oficial por la desaparición de cien mil dólares de la caja de la empresa y, además, sospecha de Cliff. Y yo también, pese a todo. Y como el asunto es oficial, e intervienen dólares falsos, yo, jefe de esta Delegación, te nombro encargado del caso.

Calló, jadeando.

De nuevo habían aparecido en su frente gruesas gotas de sudor.

El silencio en el despacho era casi palpable; pesado, aplastante. Leslie sabía muy bien lo que aquello significaba para el intachable Averell Boone, uno de los jefes más jóvenes del Servicio.

—Leslie.

El agente especial miró en silencio a su superior. Le pareció que en aquellos instantes el inspector Boone era el mismo de siempre: enérgico, autoritario, duro cuando era necesario.

—Sí, señor—musitó

—Voy a hacerte una advertencia—dijo el inspector—. Buscarás a Cliff como probable pista para el esclarecimiento de la aparición de dólares falsos en nuestro territorio. Yo... yo podría decirte muchas cosas... Podría decirte que no creo posible que mi hijo lo haya hecho... Cliff ha sido siempre honrado, tú lo sabes. O lo hemos creído todos así; todos cuantos le conocemos... Empero, tú debes olvidar que le conoces y que es mi hijo. ¿De acuerdo? Olvida tus opiniones respecto a Cliff. Sólo debes recordar que perteneces al FBI y que actúas en misión oficial ¡Búscale y...!

Leslie sentía malestar escuchando a aquel hombre. ¿Por qué diablos ha de ser tan complicada la vida? ¿Por qué aquel chico, Cliff, había caído en la tentación de...?

Sus pensamientos fueron interrumpidos por la voz de Boone:

—Por el momento no quiero actuar personalmente, Leslie—dijo con voz apagada—. Sé que lo que debería hacer era buscar yo mismo a Cliff y matarle si era necesario. Pero... no sé... no puedo desconfiar de él tan pronto... me aferró a la esperanza de que exista algo... algo, cualquier cosa que...

—Comprendo, señor—atajó Leslie.

—Ya... Bien. Naturalmente, debes contar con la colaboración de nuestros compañeros de Phoenix en cuanto sea necesaria.

—Sí, señor,

—Y tenerme al corriente de los resultados de las investigaciones.

—Desde luego,

—Adiós, Leslie.

El agente especial, un tanto deprimido, se incorporó. No podía ignorar la angustia del inspector Boone, su abatimiento. Se retiraba ya cuando Boone le llamó:

—Leslie... trata a mi hijo como merezca. Confío en ti, ¿comprendes?

—Sí, señor—musitó Leslie Dalton.

* * *

Leslie Dalton subía las escaleras de la pensión seguido por la mirada de curiosidad de la dueña, que hacía sus cábalas. El tipo buscaba a Cliff Boone. Y Cliff Boone era aquel muchacho atractivo, alto, de anchas espaldas, que poco antes había pedido alojamiento allí. ¿Qué ocurría con aquel muchacho? Se había presentado allí muy pálido, tambaleándose como si hubiese bebido...

Bien... Ya se sabe. La mayoría de los tipos que tienen un físico como Cliff Boone se meten en líos. Aquel tipo enorme, de algo más de treinta años, que subía las escaleras, debía ser el hermano de alguna muchacha de esas que...

Leslie Dalton desapareció de la vista de la dueña de la pensión y la mujer dejó de pensar. Allá ellos. Cliff Boone había pagado por adelantado.

Y Leslie Dalton lo sabía. Y sabía que Cliff había llegado allí en mal estado.

El agente del FBI se detuvo ante la puerta de la habitación que le habían indicado y llamó con los nudillos.

Esperó casi treinta segundos antes de que se abriera la puerta y apareciera el rostro desencajado de Cliff Boone.

Cliff quedó petrificado al ver a Leslie Dalton.

—¿Tú? —musitó incrédulo.

Leslie empujó a Cliff hacia el interior de la habitación, penetró en ella y cerró la puerta a su espalda, sin dejar de mirar al muchacho.

—Hola, Cliff—dijo Leslie, sonriendo fríamente. No sé si eres un inconsciente o un canalla.

—pero...

Leslie Dalton no le hizo caso. Empezó a registrar la habitación, mientras Cliff se mordía los labios.

Después de unos minutos de infructuosa búsqueda, Leslie Dalton, sin abandonar su sonrisa, mirando fijamente a Cliff, se acercó a éste.

—¿Dónde está, Cliff? —inquirió.

—¿El qué?

La bofetada restalló secamente. Cliff retrocedió dos pasos, sorprendido, con los ojos llenos de lágrimas. Antes de que consiguiera aclarar su visión, Leslie estaba de nuevo junto a él y le empujó bruscamente, obligándole a sentarse en el lecho.

Leslie Dalton, ante él, procedió, calmamente, a encender un cigarrillo. Luego dijo:

—¿Por qué nos has decepcionado, Cliff? Esta es la más negra y sucia traición que has podido hacer a tu padre. Y me has decepcionado a mí; a cuantos te conocemos. ¿Dónde están los cien mil dólares?

Cliff Boone inclinó la cabeza. Inquirió, en un susurro:

—¿Lo sabe ya el FBI?

—¿Qué creías, estúpido? ¿En qué maldito lío te has metido? ¿Sabes lo que esto significa para tu padre, para todo el FBI en realidad? Dime una cosa: ¿Se te ha ocurrido a ti solo la idea de cambiar dólares falsos por legítimos en la empresa donde trabajas?

Cliff Boone alzó vivamente la cabeza.

—¿Qué estás diciendo? —masculló.

—Dólares falsos, Cliff. ¡Dólares falsos! —estalló Leslie Dalton—. Una idea magistral, ¿eh?

¿De veras pensabas que nadie iba a enterarse?

Cliff se había incorporado y miraba incrédulo, aturdido, al agente del FBI.

—Leslie... te juro que yo... ¡Dólares falsos! No es posible... —parecía a punto de echarse a llorar—. Yo no sabía...

Leslie Dalton encajó fieramente las mandíbulas; su mentón adelantado era una clara amenaza para Cliff Boone.

—Entonces es cierto que has sido tú quien se ha llevado los cien mil dólares legítimos de la caja, ¿eh? —gruñó.

—Ya te explicaré, Leslie,... —se humedeció los labios—. Es cierto que yo sustituí ese dinero, para entregarlo a...

Se interrumpió.

No podía decir la verdad a nadie. Ni siquiera a Leslie Dalton, el hombre más completo con que contaba su padre en la Delegación de Santa Fe.

Miró a Leslie, quien aguardaba paciente la explicación.

Sin duda, Leslie Dalton era un hombre que inspiraba confianza. Un tipo inteligente, fuerte, que podría comprender algunas cosas... ¿Podía confiar en Leslie plenamente?

—Para entregarlo ¿a quién, Cliff? —inquirió el del FBI.

—No... no lo sé exactamente. Leslie... El agente especial suspiró.

—¿Eres idiota? —inquirió—. Te metes en un lio de dólares falsos y ni siquiera lo sabes. Claro que me gustaría saber si eso es cierto... Veamos. ¿Quieres decir que has entregado a alguien el dinero que te llevaste de la caja?

—Sí...

—¿A quién?

—¡No lo sé! —casi sollozó el muchacho.

La segunda bofetada volvió a sentar a Cliff. Luego el agente especial acercó mucho su rostro al de Cliff y susurró fríamente:

—¿Crees que estamos jugando, imbécil? Es el FBI que está en movimiento para aclarar la aparición de cien mil dólares en moneda falsa. El FBI. No tu padre o Leslie Dalton, ¿comprendes? Voy a llevarte a la Delegación de Santa Fe, aunque sea a puntapiés. Sabes que soy capaz de hacerlo. ¿No has pensado que te juegas la vida? ¿Has pensado en tu padre? ¡Maldito! ¿Te has dejado cegar por un puñado de dólares?

Cliff miró a los ojos del agente especial y sintió un escalofrío. Casi sin voz, musitó:

—Lo... lo explicaré todo, Leslie.

Capítulo III

FUE el miércoles por la noche, Leslie—empezó—. Casi no sé cómo, me encontré hablando con un desconocido. Del tema tiempo pasamos a lo que a él le interesaba. Primero deslizó que conocía a mi padre desde muchos años atrás. Luego... No podía creerlo, Leslie, pero el documento que me mostró...

—¿Qué es lo que no podías creer? ¿Qué documento te mostró? —interrogó implacable Leslie Dalton.

Cliff vacilaba.

—Leslie... yo... yo lo he hecho todo precisamente para guardar el secreto...

—¿El secreto? ¿Estás tratando de engañarme, Cliff? ¿De qué secreto hablas? ¡Vamos! De carrerilla o te aflojo los dientes de un puñetazo.

El joven Boone parecía haber ido serenándose. Miró a Leslie y musitó:

—¿Puedo confiar en ti, Leslie?

El agente especial sonrió burlonamente.

—Claro, hombre. Lo malo es que no se trata de que confíes en mí, sino de que confieses al FBI.

—Es que... se trata de algo particular.

—¿De quién?

—De... de mi padre.

Leslie frunció el entrecejo.

—Oye, animal—gruñó—. ¿Estás tratando de complicar a tu padre en esta cochinada?

—No... no es eso, Leslie. No es eso exactamente. Te decía que aquel tipo conocía a mi padre. Bien. Me enseñó algo que demostraba que eso es cierto y que, incluso, le conoce mejor que yo; mejor que nadie.

—Habla claro, Cliff—gruñó el federal.

Tras una levísima vacilación, Cliff se incorporó. Miraba fijamente a Leslie y dijo:

—De acuerdo. Empiezo a creer que te necesito, Leslie. Y... y te juro que me alegro de que estés aquí. Tienes que ayudarme, ¿comprendes?

—Con tu colaboración, ¿no? —gruñó Leslie.

—Desde luego.

Cliff sacó del bolsillo trasero del pantalón el paquete que había recuperado en el hotel Rosen, sólo dos o tres horas antes. Extrajo los documentos y los tendió a Leslie. Este los tomó, pero mirando sólo a Cliff, cuya palidez era intensa y se notaba la tensión de los músculos y nervios de su rostro.

Por fin, la mirada de Leslie Dalton se deslizó por el documento original y su palidez podía compararse a la del propio Cliff.

El documento consistía en un certificado de nacimiento de una niña llamada Simone Boone Leclerque, hija legítima de Averell Boone y Marcela Leclerque, nacida en Caen en 20 de mayo de 1945. Iba estampado el sello del Juzgado y la firma correspondiente.

Se hizo el silencio en aquella habitación estrecha que daba a la silenciosa calle 9.

—Dice hija legítima, ¿te das cuenta, Leslie? —inquirió angustiado el muchacho—. Lo cual significa que mi padre cometió el delito de bigamia, puesto que mi madre vivía en aquellas fechas. En cuanto al certificado de matrimonio, el tipo dijo que no lo creyó interesante; en su opinión, este certificado demostraba mucho más... Y es cierto. Pues bien, aquel hombre me ofreció entregarme el certificado y los negativos de la fotocopia que sacó para convencerme a cambio de...

—Chantaje, ¿no, Cliff? —murmuró Leslie.

—Bien... Yo lo creí todo sencillo. Me... me engañó, Leslie. Dijo que aquellos cien mil dólares procedían de un asalto al First National Bank en Los Angeles, y que yo, a trueque del documento, cambiaría sus billetes, de cuya numeración se habría tomado nota, con toda seguridad, mientras que los que teníamos en la caja de la empresa en que trabajo era dinero limpio. ¿Qué podía hacer, Leslie? Si ese certificado ve la luz pública...

Leslie asintió con la cabeza.

—Está bien, Cliff. Ye engañaron. ¿Pero no se te ocurrió cerciorarte de si, en efecto, el First National Bank había sido asaltado? ¿No crees que tal noticia hubiera sido de primera página en los periódicos?

—No sé... Estaba muy aturdido... Sólo soy capaz de pensar, desde que he leído ese maldito papel, en mi padre... y en una hermana que tengo en Francia llamada Simone...

Leslie se humedeció los labios. Trató de imaginarse al inspector Boone cometiendo aquella barbaridad. Más que nada y pensando fríamente, quiso captar la imagen de Averell Boone cometiendo el error de contraer segundo matrimonio en Francia en vida de su primera esposa.

Un error estúpido, impropio de la inteligencia demostrada por el inspector del FBI. Claro que todo había ocurrido unos veinte años antes...

Suspiró e inquirió:

—¿Qué más ha ocurrido, Cliff?

—Hice el... cambio—murmuró Cliff—. Y esta misma noche he hecho entrega del dinero a cambio de esos documentos. Claro está que luego... Luego llamé a la Policía para lanzarles contra el tipo y su banda, ¿comprendes? Fue entonces cuando supe que no había existido asalto alguno en el First National Bank y... y no supe qué pensar. No se me hubiera ocurrido lo de los dólares falsos.

—¿Qué más hiciste?

—Estaba desconcertado, Leslie. No sabía qué hacer... Me aposté cerca del hotel en espera de que el tipo, o aquella mujer, decidieran salir del hotel para seguirles. Eso ocurrió casi a las doce de la noche. Salió el tipo solo y yo le seguí unos pasos... No sé más.

—Te atacaron—suspiró Leslie.

—Sí. Alguien me golpeó en la nuca.

—¿Qué ocurrió luego?

—Me encontré en el vestíbulo del hotel rodeado de gente. Dije que me dejaran en paz; que había sido un desvanecimiento. Y me largué sin saber hacia dónde ir, ni qué hacer. Llegué aquí. No sé... me sentía acorralado, presentía el peligro, pero no acertaba a definirlo.

—¿En qué hotel fue?

—El Rosen.

—¿Sabes algún nombre?

—No.

—Lógico. Tampoco te hubieran dicho la verdad —masculló Leslie—. Descríbeme a ese hombre y a la mujer.

Cliff lo hizo. La hermosa mujer de ojos azules y cabello negro recogido en un peinado alto. El tipo de pequeños ojos grises, de fría mirada, que era un sibarita en el vestir. Luego, Cliff inquirió:

—¿Qué deduces de todo esto, Leslie? El agente especial meneó la cabeza.

—Desde luego, estamos ante una banda de monederos falsos. Se les ha ocurrido un medio seguro de introducir dólares falsas por medio del chantaje y eso es todo.

—Y han tenido suerte con la víctima, ¿no? —musitó Cliff. Leslie le miró fijamente. Con cierta dureza dijo:

—Lo siento, Cliff, pero creo que sí. ¿Por qué no hablaste con tu padre? ¿Crees que este asunto no hubierais podido resolverlo entre ambos?

—No hubiera podido hablar con él de eso, Leslie.

—Ya. Has preferido meterte en un asunto de moneda falsa, ¿no?

—Yo lo ignoraba.

—Muy bien. Como sea, Cliff, resulta que tú has introducido en tu empresa cien mil dólares falsos y te has llevado la misma cantidad en moneda legal.

Cliff se mordió el labio inferior.

—¿Qué ocurrirá, Leslie? —inquirió.

—No lo sé. Yo debo ocuparme de esto.

—¿Qué hago yo?

Leslie miró al muchacho, pero no parecía verle. Cliff comprendió que el agente del FBI estaba pensando.

—Evidentemente se trata de alguien con inteligencia—musitó Leslie, como hablando consigo mismo—. Introducir moneda falsa no es tan fácil. Empero, esa gente se las ha ingeniado para dar entrada de un solo golpe a cien mil dólares. Un plan perfecto, sí.

¿Sabes, Cliff, qué hubiera ocurrido si míster Mann no se da cuenta de la falsificación?

—Lo sé, Leslie—musitó Cliff—. El tipo lo tenía previsto. Más de quinientos obreros irían gastando dólares falsos, oreando enormes dificultades al FBI.

—Exacto. Lo que les ha fallado ha sido que míster Mann lo descubriera tan pronto. De haber pagado la nómina con ese dinero, todo se hubiera complicado muchísimo más. Se hubiera ido recuperando el dinero pero gota a gota, ¿comprendes?

—Sí. Y hubiera sido muy difícil sospechar de mí. También en eso confiaba el tipo.

—Y tú pensabas callar, ¿no? —gruñó Leslie.

—Ya te dije que llamé a la Policía.

—Está bien. Lo que yo debería hacer ahora es meterte en un calabozo, Cliff. Empero, por el momento, vamos a dejar las cosas como están. No te muevas de aquí, ¿comprendido? Yo volveré a buscarte y quiero encontrarte, Cliff. Piensa un poco. No huyas, no hagas nada. Limitate a esperarme.

—Está bien, Leslie—murmuró—. ¿Y... y eso?

Señaló con la punta de la barbilla los papeles que aún tenía en la mano el agente del FBI. Leslie miró los documentos y dijo:

—Esto, por el momento, vamos a dejarlo, Cliff. Al Gobierno le interesa mucho más atrapar a una banda de monederos falsos, ¿comprendes?

—Creo que sí—murmuró Cliff—. ¿Y... luego?

Leslie Dalton se humedeció los labios. No podía ocultar su preocupación. Sólo dijo:

—Es difícil saber qué ocurrirá luego, Cliff.

—Leslie... ¿Tú dejarías publicar ese documento? —inquirió el muchacho. Leslie tardó unos segundos en contestar. Dijo:

—Prefiero no responder a eso por ahora, Cliff. Y recuerda lo que te he dicho. Aquí, tranquilo, quieto. Esto es cosa del FBI.

El muchacho pareció derrumbarse. Se dejó caer sobre el borde del lecho y, con manos nerviosas, encendió un cigarrillo. Ni siquiera alzó la vista cuando sonó el portazo en la habitación, indicador de que Leslie se había marchado. Con la mano derecha, el joven Boone se mesaba el corto cabello oscuro.

¿Por qué había hecho aquello su padre?

Después de veinte años destrozaba la vida de ambos.

¿Por qué?

* * *

Leslie Dalton abandonó el hotel en el cual acababa de inscribirse, situado en Culver Street, y echó a andar por Central Avenue, sintiéndose un tanto mejor al respirar aire libre y poder contemplar la bulliciosa animación de la arteria principal de Phoenix, pese a que era la una de la madrugada.

Parpadeaban los luminosos; veloces coches se deslizaban por la calzada en busca de Van Burén Street, o la bifurcación de Grand Avenue, para dirigirse a los paradores de las afueras de la ciudad.

Leslie caminó hasta llegar a la Oficina de Correos, situada entre Fillmore Street y la propia Central Avenue. El servicio permanente de telegramas le iba a resultar muy útil en aquella ocasión.

Penetró en el edificio dirigiéndose a la ventanilla correspondiente, atendida por un somnoliento empleado.

Leslie llenó el impreso, que decía lo siguiente:

«Confirman fecha nacimiento e inscripción Registro de Simone Boone Leclerque. Algún dato, si posible, de Marcela Leclerque.»

El cable iba dirigido al Juzgado que indicaba el documento, en Caen, Normandía.

Francia. La respuesta debía llegar al hotel Oro, al propio Leslie.

Pagó el importe del telegrama y, pensativo, abandonó la Oficina de Correos.

Confirmación, naturalmente. De la misma manera que aquella gente era capaz de falsificar dólares, ¿por qué no habían podido hacer lo mismo con una partida de nacimiento, que había sumido en la desesperación al chico, a Cliff?

No podía admitirse aquello sin más. Y lo que debió hacer Cliff fue comprobar inmediatamente la veracidad del documento.

Bien. Cliff era muy joven, inexperto, confiado. Y se asustó, claro.

Leslie Dalton no quiso preocuparse demasiado. Leslie era de los que

opinan que si algo tiene solución se soluciona y en paz.

Él sabía que, efectivamente, el inspector Boone, veinte años atrás, había estado en Normandía. Muchos americanos estuvieron allí, y no sería el primero que hubiese cometido un error que, para justificarlo, podía llamársele consecuencias de la guerra.

En fin, como fuese, aquella partida de nacimiento, legítima o falsa, había servido para introducir cien mil dólares falsos, afortunadamente descubiertos antes de que empezaran a circular.

Poco después, Leslie estaba en el Federal Building, situado en Van Burén Street, casi en el mismo centro de la ciudad. Se identificó ante su compañero de guardia, un muchacho pelirrojo, alto, fuerte, con ojos claros, muy vivos, llamado Miller.

—Hay una llamada para ti, Dalton—dijo Miller.

—¿De dónde?

—Santa Fe. Inspector Boone.

Unos segundos después, pedía comunicación con Santa Fe, desde el teléfono colgado en la pared de la oficina de guardia de la Delegación. A aquellas horas, la conferencia no se hizo esperar y llegó la voz del inspector Boone, un tanto desfigurada:

—¿Eres tú, Leslie?

—El mismo, señor.

—¿Qué hay? —inquirió, impaciente, el inspector.

—Poca cosa, por el momento.

—¿Y Cliff?

—Lo siento, señor; aún no le he encontrado, aunque no creo tardaré mucho en localizarle—mintió Leslie, dado que tendría que dar explicaciones por teléfono y había algo que todavía no debía ser oído por nadie.

—¿Tienes algún punto de partida, Leslie? —inquirió el inspector.

—Sí. Desde el aeropuerto fui directamente al hotel Rosen. Un taxista recordaba muy bien a Cliff. Ya sabe, señor, el chico no es de los que pasan desapercibidos.

—Ya... Maldita sea... Leslie, ¿crees que hago falta ahí?

—Decídale usted, señor. Por mi parte puedo garantizarle que el FBI actuará como el caso haga necesario.

—No se trata de eso, Leslie... Bien. Espero aquí más noticias.

—¿No sería mejor que descansara?

—¿Crees que puedo? —gruñó Boone.

—Comprendo, señor. Hasta pronto.

—Sí, Leslie.

Leslie colgó el teléfono. Era evidente que el inspector Boone estaba por completo ajeno a la realidad de lo ocurrido. ¿Cuál hubiera sido su

reacción de saberlo?

Leslie dejó de pensar al observar que Miller le estaba mirando.

—¿Algo duro, Dalton? —Inquirió el agente especial.

—Dólares falsos, chico. ¿Cuánta gente hay de servicio?

—Stanton Medill y Locked,

—Me basta con uno.

—Stanton es un buen elemento.

—Pues Stanton. Su misión consistirá en vigila: a un muchacho que está en estos momentos en una pensión del número doscientos de la calle nueve. El tipo tiene aspecto de deportista, pelo al cepillo, fuerte, alto. Le identificará inmediatamente. Jersey azul y pantalón gris claro. Aparentemente la misión de Stanton es aburrida, pero estoy casi seguro de que encontrará complicaciones. Cuando el chico salga, que le siga a donde sea y que vaya provisto de radio. ¿Comprendido?

—O. K.

—En cuanto a mí, estaré en el hotel Rosen. Si dentro de tres horas no he efectuado la llamada de Reglamento, el FBI ya sabe dónde tiene que ir a buscar a uno de sus agentes.

—Cuidate, Dalton. Un asunto feo eso de los dólares falsos.

—Otra cosa, Miller. Desde aquí puedes solicitar información a Washington relativa a los nombres de los monederos falsos que se han movido últimamente. Pide la mayor cantidad de datos posible y luego comprobaremos si por esta zona ha sido localizado alguien complicado habitualmente en estos asuntos.

—Lo haremos, Dalton.

—Hasta luego, chico.

Y Leslie Dalton abandonó la Delegación, bastante más tranquilo. Todo en marcha. El FBI en movimiento.

Echó a andar por Van Burén hasta la calle 17. Debajo del State Capital Park estaba Duckeye Road. Y también el Rosen.

Se veía el luminoso intermitente y de colores cambiantes.

Por la carretera seguían circulando descapotables veloces produciendo insistentes rumores. Una noche calurosa y la gente sabía cómo aprovechar el fin de semana.

Había oído hablar del Rosen. Baile hasta la madrugada; buen ambiente, discreto, fresco. Eso gusta a la gente de dinero.

Capítulo IV

LAS Lea Sisters eran tres chicas muy blancas de piel, rabias, delgaditas pero bastante bien formadas y simpáticas. Habían actuado en la pequeña pista de la terraza del Rosen y se retiraron entre aplausos. Una vez quedó la pista vacía, desapareció el toco y aumentó la luz de la terraza, aunque no demasiado.

Se percibían ligeros murmullos. La gente bebía y hablaba, ya total y absolutamente aburridos.

Desde un rincón formado por setos vivos, Leslie Dalton, con un largo vaso en la mano, observaba a la gente. Recordaba muy bien la descripción que le había proporcionado Cliff relativa a los dos personajes con los cuales había trabado contacto.

Y no. No aparecían.

El tipo salió del hotel, puesto que Cliff fue golpeado cuando se disponía a seguirle. Claro que podía haber regresado. En cuanto a la morena de ojos azules y aspecto de reina...

No estaba allí.

Y había llegado la hora en que ninguna mujer estaba sola en la terraza. Se había bebido y bailado y cerrado más de un trato; lo que suele ocurrir. Brillaban joyas, sonrisas un tanto cansadas, los ojos porcinos de algún calvo...

Bien. Siempre hay alguna excepción. Y en este caso, la excepción era una mujer sentada sola en una mesa, cerca del arco de entrada.

Leslie la veía bastante bien y después de recorrer con la mirada aquella figura bonita, juvenil, sus pupilas se detuvieron en las manos de la joven que parecían tener vida propia; pero una vida excesivamente nerviosa. Lo mismo jugueteaba con un anillo que estrujaba el vaso en que bebía, como sus propios dedos.

La luz rojiza dejaba ver un rostro algo contraído. Y la mujer, inquieta, parecía esperar algo no demasiado agradable.

Leslie Dalton trató, por unos instantes, de imaginar a Cliff Boone allí mismo, esperando. Claro que imaginar era muy fácil y excesiva la casualidad de que el problema de aquella mujer fuese parecido al de Cliff Boone. Lo más probable era que la chica tuviese complicaciones relacionadas con algún animal con pantalones. Porque había que ser ciego o idiota para plantar a aquella preciosidad de largo cabello

dorado, de formas suaves, ajustadas por un vestido blanco, de falda estrecha.

Se reanudaba la música y fue entonces cuando Leslie Dalton se tensó.

Un tipo no muy alto, de algo más de cuarenta años, muy elegante con su traje claro, camisa blanca y delgadísima corbata, llegaba, sonriente, a la mesa ocupada por aquella mujer. Ella, al verle, quedó inmóvil, tensa.

Leslie observó el frío destello de las claras pupilas de aquel tipo que se sentó frente a la mujer y hablaron algo.

Cosa de un minuto más tarde, la sonrisa de aquel hombre había desaparecido. Por lo demás, todo parecía normal. Ambos se incorporaron, dirigiéndose hacia la salida.

Leslie frunció el ceño al advertir que la mujer se mordía el labio inferior.

No costaba nada probarlo. Y, por tal razón, Leslie les siguió a prudente distancia hacia la entrada del edificio del hotel. Cuando llegó al «hall» se cerraban las puertas del ascensor.

Segundo piso. Lo vio en el indicador luminoso.

Encendió un cigarrillo esperando que bajara el ascensor. Cuando se abrieron las puertas y apareció el botones, el rostro de Leslie era una máscara de despreocupada indiferencia.

—Eh, chico, olvidé decirle algo a míster... Acaba de subir en el ascensor.

—Míster Till—aclaró el botones.

—Exacto. No recuerdo el número de «suite».

—Doscientos veinte, señor.

—Pues arriba—gruñó Leslie. Penetraron en la cabina.

—¿Conoces a la señorita que acompañaba a míster Till? —inquirió con cara de poco interés Leslie.

—No, señor. No ha estado nunca aquí.

—Ya... Pero sí debes conocer a una mujer con el cabello negro y los ojos azules. Una preciosidad, chico. ¿Eh?

—Supongo que se refiere a mistress Till.

—Sí, sí...

—Segundo piso, señor.

Leslie se apeó del ascensor y quedó en el silencioso rellano del segundo piso. Echó a andar en busca de la habitación 220. Apretó el brazo izquierdo contra el costado, notando el duro contacto de su Luger. De todos modos, no estaba muy seguro de tener necesidad de utilizarla.

En cuanto al nombre, Till, no le decía absolutamente nada. Posiblemente era tan falso como los dólares que fabricaba.

Llegó junto a la puerta y aplicó el oído.

Oyó unos balbuceos y luego el restallido seco de una bofetada. Un gemido ahogado y, posiblemente, el cuerpo de aquella muchacha había sido lanzado hacia el lecho de la habitación, puesto que se oyó el conocido crujido del mueble.

Leslie llamó a la puerta con los nudillos.

Y empezó a sonreír cuando percibió el silencio que se había hecho en el interior de la habitación. Segundos después unas pisadas lentas, pesadas, se acercaban a la puerta.

Abrió un tipo corpulento, con una mata impresionante de cabello rubio, rostro grueso, basto, deformado, que vestía traje de verano azul.

—¿Qué ocurre? —gruñó el tipo. Leslie Dalton sonrió.

—Aparta, gusano—dijo.

Empujó al tipo y se coló en la «suite».

Aprovechando el momento de estupor de la gente que había en la habitación, Leslie empuñó su automática. Luego, repentinamente, se volvió clavando el puño izquierdo en el estómago del tipo que le había abierto la puerta y que había quedado a su espalda.

El tipo aulló roncamente al recibir el golpe y se inclinó. Leslie, con el cañón del arma le cruzó la mejilla izquierda, lanzando al tipo hacia el centro de la habitación.

Y Leslie sonreía.

Una sonrisa que distendía sus labios, pero que no restaba frialdad alguna a sus negrísimas pupilas.

—Vaya, vaya... Encantadora reunión. Míster y mistress Till y dos gangsters de poca monta. Y la chica...

Hizo un imperioso gesto con la mano armada y Till, aquella mujer y los gangsters se apartaron de la muchacha que, en efecto, estaba sentada en el borde de la cama, muy pálida, y con una expresión de miedo incontenible en sus ojos claros, muy grandes, límpidos. En su mejilla destacaban los dedos marcados por la bofetada.

Leslie se acercó a ella lentamente.

—¿Quién ha sido, pequeña? —inquirió.

—Yo no...

—El de la bofetada—sonrió Leslie más ampliamente.

La chica, nerviosamente, miró a míster Till, el elegante del traje claro de verano y corbata estrecha. Para Leslie era suficiente.

—Así que ha sido míster Till...

—¿Quién es usted? —inquirió Till, avanzando un paso y posando sus frías pupilas grises en las de Leslie.

—Acércate más. Voy a decírtelo al oído para que no se enteren los otros. ¡Acércate!

La voz seca de Leslie Dalton no admitía dudas. Ni la firmeza con que

empuñaba la pistola. Tampoco la anchura de sus hombros, su dura mirada.

Emmett Till obedeció lentamente, después de dirigir una inquieta mirada a los dos matones que estaban junto a él.

—¿Qué...? —empezó Till, humedeciéndose los labios.

Luego chilló roncamente y retrocedió con el labio inferior partido por el violento golpe asestado por Leslie con el cañón de la pistola.

Salpicaduras de sangre mancharon el elegante traje de Till, quien después del golpe quedó quieto, con ambas manos en la boca.

Leslie miró a los dos gangsters y gruñó:

—Eh, vosotros, dejad vuestras armas sobre la cama. ¡Vamos!

Los dos tipos cambiaron una mirada y se encogieron de hombros. ¿Para qué arriesgarse a recibir un balazo? Lentamente obedecieron, dejando sus automáticas sobre el lecho, junto a aquella muchacha que miraba a Leslie con los ojos muy abiertos.

—Pequeña, ¿qué tal les mantendrías a raya un minuto? —inquirió Leslie.

La joven parpadeó. Miró con miedo aquellas dos automáticas negras, amenazadoras.

—¿No? —sonrió Leslie—. Está bien. No te preocupes. De todos modos se pueden cambiar los papeles. Anda, descuelga el teléfono.

Entre un silencio impresionante, en el que latía la amenaza, la muchacha obedeció a Leslie. Tomó el teléfono con mano temblorosa.

—Pide la Delegación del FBI—gruñó Leslie.

La chica obedeció de nuevo, sin tan siquiera percatarse, debido a su nerviosismo, de la intensa palidez que demacraba los rostros de Till y los otros.

—Ya... ya está... —balbuceó la joven.

—Cerciórate de que se trata de Miller.

—¿Mís-míster Miller?

—Yo, muñeca. ¿Qué hay?

Leslie le apuntaba lo que había de decir:

—Eh, chico, soy Dalton. ¿Qué te parece si Medill y Locked se dan una vuelta por el hotel Rosen?

La chica se interrumpió. Miró, asustada, a Leslie y murmuró:

—Quiere saber qué es lo que ocurre.

—Dile que hay caza mayor—sonrió Leslie—. Que vamos a hacerles tragar a esa gentuza todos los dólares falsos que han fabricado. Anda, díselo ¿Qué diablos te ocurre?

—¿Falsos? —susurró lívida la joven. Leslie suspiró. Había tenido suerte.

—Eso he dicho—gruñó—. ¿Qué esperas?

La joven repitió las palabras de Leslie al micro. Luego, desde la Delegación, colgaron. Leslie inquirió:

—¿Qué ha dicho?

—O.K —musitó la joven.

Leslie rió suavemente, mirando a Till y a los demás, deteniéndose un poco más en la figura de aquella mujer que se hacía llamar mistress Till. Era la que parecía más entera del grupo. Su rostro permanecía inmutable y se limitaba a fumar un cigarrillo con los ojos clavados en Leslie.

—¿Qué hago ahora? —inquirió la muchacha.

—Hablar. Hablar mucho.

—Yo...

La joven había inclinado la cabeza. Su rostro había enrojecido. Se mordía el labio inferior.

—¿Qué ocurre? —gruñó Leslie—. ¿No te atreves a hablar? Está el FBI en movimiento, pequeña. En menos de media hora tenemos aquí un par de estupendos sabuesos. Además, el FBI sabe bastante del asunto. Vamos, espero.

—No... no puedo hablar. Ellos... ellos tienen... Leslie asintió con la cabeza.

—Comprendo—gruñó—. Ellos tienen algún documento, alguna prueba contra alguien que está muy vinculado a ti. ¿Es eso?

Ella le miró asombrada.

—Sí—susurró.

—Seguramente ese alguien comprometido tiene dinero o puede obtenerlo, y el gran Till sabe mucho de estos asuntos. Te ofreció cambiar una suma de dinero que dijo haber robado en algún Banco con el cuento de las numeraciones anotadas. Te mostró una fotocopia de la prueba documental contra quien sea y, favor por favor, tú sustituirías el dinero que él te proporcionó por la misma cantidad de moneda legal. Buen truco. Salió bien la primera vez y a repetir, claro. Habéis tenido mala suerte, Till y compañía. Se ha descubierto antes de lo que esperabais, ¿eh?

Nadie despegó los labios.

Leslie rió, comprendiendo que había acertado. Se había descubierto mucho antes de lo que esperaban.

—¿Cómo te llamas, pequeña? —inquirió Leslie.

—Ruth Vaughan—musitó ella.

—¿Vaughan?

—S-sí...

—Ya. He oído ese apellido. Está relacionado con fabricación de automóviles. Por tanto, dinero. ¿Sí?

—Sí... Oiga, yo no sabía que los dólares eran falsos. Yo...

—No te preocupes—sonrió Leslie—. Naturalmente que no lo sabías. Ahí estaba el noventa por ciento del éxito de esa gentuza, ¿comprendes? De decirte que eran falsos hubiera ofrecido mucha mayor resistencia. En cambio es más fácil decidirse a un simple cambio o trueque de una prueba terrible. ¿No? ¿Cuánto dinero debías cambiar?

—Ciento cincuenta mil dólares.

—Vaya... Bonita suma. Cien mil y ciento cincuenta mil hacen un total redondo de cuarto de millón. ¿Dónde está el dinero legal que has traído?

—No... no he podido conseguirlo...

—Ah... Por eso míster Till se puso furioso, ¿eh?

—Sí...

Leslie cambió de postura, sin dejar de apuntar a Till y a los demás. Se acercó ligeramente al ventanal de la «suite», echando un vistazo al exterior. Desde allí podía verse el State Capítol Park oscuro. Se percibía también el resplandor del anuncio luminoso del hotel, cambiando los colores. Se percibía muy débilmente la música de la terraza, ya machacona; los tipos se cansaban de soplar.

—Eh, poneos de cara a la pared—gruñó Leslie.

—Todo esto es absurdo—habló de pronto aquella mujer que se hacía llamar mistress Till.

—¿Qué hay de absurdo aquí?

—Usted...

—Cállate. Yo te diré qué es lo realmente absurdo. Vosotros mismos sois absurdos, estúpidos. ¿Tan fácilmente creíais colocar un cuarto de millón de dólares falsos? Eso, además de un delito contra el Gobierno de los Estados Unidos, es como una bofetada para los hombres de ese Gobierno, ¿comprendes? Yo hago de todos los casos algo personal. Soy así: creo que va contra mí. Y yo suelo devolver dos por uno. Así que andando, tú...

—Espera—atajó aquella mujer—. Hay algo que no sabes y...

Leslie comprendió un poco tarde dónde se encontraba realmente el peligro en aquellos momentos. Por tanto, había dejado avanzar demasiado a aquella mujer, cuyo cuerpo cerró por unos segundos el ángulo de tiro de Leslie en relación a Till y a los dos gangsters.

Luego la mano de la mujer fue rapidísima desviando la pistola.

A continuación el grito mal contenido de Ruth, que se pegó de espaldas a la pared, siempre junto a la mesita donde estaba el teléfono. Golpeó la mesita y el teléfono cayó al suelo, quedando descolgado.

—¡Maldita sea! —rugió Till—. ¡Ocupate de eso, Kinkaid!

Kinkaid, el tipo de la mata de pelo rubio, comprendió que «eso» era Leslie Dalton, contra quien ya había saltado el otro gángster, un tipo

silencioso, fuerte, de ojos increíblemente diminutos y muy malos instintos.

Por su parte, Till realizó lo más fácil. Tomó el teléfono y lo colocó de nuevo en su sitio, colgando. Luego, mientras Leslie resoplaba acometido por los dos gangsters, el tipo saltó hacia la cama tratando de recuperar las automáticas; por lo menos una.

Pero no llegó a la cama. Cayó retorcido, con la boca muy abierta, lívido, al suelo, ya que la puntera del zapato de Leslie, bien dirigida, con violencia, se clavó en su estómago, dejándole poco menos que inútil.

Leslie notaba las gotas de sudor resbalar por su rostro. Retrocedió después de asestar el puntapié a Till y esquivar un puñetazo de Kinkaid, que estuvo a punto de perder el equilibrio.

Sin miramiento alguno, Leslie saltó sobre la cama y luego al otro lado.

Se oyeron unos gruñidos de aviso entre los gangsters, pero ya era tarde para Barker, ya que Leslie había alzado la cama por el lado en que se encontraba y la derribó sobre el tipo, que quedó momentáneamente aplastado, mientras Kinkaid, silencioso, se deslizaba hacia Leslie.

Hubo un impresionante cambio de puñetazos.

Kinkaid era un tipo fuerte y encajó magníficamente dos cortos de Leslie al pecho. Este, por su parte, soportó un terrible puñetazo en pleno rostro que le arrancó las lágrimas. Empero, no retrocedió un solo paso; se limitó a realizar un quiebro, desconcertando momentáneamente a Kinkaid, quien falló un golpe y se encontró con los nudillos de Leslie en plena nariz, de la que empezó a manar sangre.

Antes de que pudiera recuperarse, Leslie le pegaba en el estómago un golpe seco, duro. Kinkaid resopló, se inclinó ligeramente y fue agarrado por la maraña rubia de su caballera, zarandeado e impulsado salvajemente de cara contra la pared.

Kinkaid quedó de rodillas y parecía que en cualquier momento iba a derrumbarse.

Leslie iba a machacar la obra cuando inesperadamente, una mano agarraba su tobillo izquierdo, tirando con fuerza. Leslie perdió el equilibrio y cayó de bruces.

Luego sintió un durísimo golpe en los riñones. A continuación algo estallaba en el interior de su cráneo, teniendo la sensación de que su cabeza, desprendida del tronco, rodaba por el suelo lleno, de puntiagudos guijarros. Notó que se le doblaban las rodillas y luego un terrorífico puntapié en el oído izquierdo le derrumbó de costado.

Oyó un rumor de voces:

—Andando—decía Till—. Llevaos a la chica. De un modo u otro puede sernos útil. No hay que desesperar de sacar partido de ella.

Kinkaid se había incorporado, medio inconsciente aún, Barker

respiraba con fuerza. Y serena, tranquila, Nora, apuntando a Ruth con una chata automática, se acercó a ella.

—Vamos—dijo sencillamente.

Ruth, lívida de terror, se humedeció los labios y dirigió una mirada al hombre del FBI que estaba sacudiendo la cabeza. No pudo ver más, puesto que entre Kinkaid y Barker la sacaron de la habitación en volandas. Nora les seguía.

Y Till, con el rostro contraído, estaba ya curvando el dedo índice sobre el disparador de su pistola, apuntando al agente especial.

Leslie le vio.

Y rodó desesperadamente cuando brotó la primera detonación. La bala le rozó los cabellos. El segundo proyectil se clavó en una pata de la cama volcada y el tercero, efectuado en posición mucho menos cómoda para Till, que gruñía rabiosamente, se hundió en el colchón.

La ira de Till creció hasta el mismo grado que la alarma, cuando comprendió que el federal se había hecho con su pistola, que había quedado arrinconada.

Till saltó hacia atrás esquivando el primer plomo de Leslie. Al propio tiempo, Till contestaba al fuego, obligando a Leslie a adoptar precauciones.

Tales precauciones impidieron a Leslie cortar la retirada de Till hacia la salida de la habitación. Indudablemente el gángster tenía prisa por varias razones. Los disparos se habrían oído y el FBI se iba a presentar de un momento a otro.

Cuando Leslie oyó el portazo, aún permaneció quieto unos segundos, jadeando, semiaturdido, sintiendo vivos dolores en la cabeza.

Capítulo V

APOYADO en la puerta de la habitación, que un minuto antes había girado locamente, según sensación de Leslie, éste respiró hondo.

Oyó las pisadas en el rellano y supo que eran ellos, los hombres del FBI. Y Leslie abrió la puerta viendo, primero, aún entre una nebulosa, el rostro de Miller, al que seguía un hombre de unos cincuenta años, correctamente vestido, con gafas, y expresión de hombre inteligente.

Miller se coló en la habitación.

—¡Dalton...! No creí volver a verte vivo, chico. ¿Cómo ocurrió? ¿Quién es la mujer que llamó por teléfono?

Leslie se tocó suavemente la cabeza. Luego, dando traspiés, se acercó a un sillón. Se sentó. Cerró los ojos un instante. Y murmuró:

—Ella es Ruth Vaughan. Se la han llevado.

—¿Por qué?

Leslie no quiso contestar a aquello. Dijo:

—No perdamos tiempo. ¿Están abajo Medill y Locked?

—Sí. Y aquí el inspector Moore, jefe de la Delegación. Leslie le miró.

—Lo siento, señor—rezongó—. Temo que esto ha sido un fracaso. El hombre sonrió amablemente.

—Aún, no. Dalton—respondió—. Como usted ha dicho, no perdamos el tiempo.

—Bien...

Leslie Dalton, con rapidez, empezó a describir a Till, Nora, Ruth y a los dos gangsters. Luego, a una orden del inspector Moore, Miller corrió al vestíbulo, donde repitió las descripciones a Locked y Medill. Regresó a la habitación en que se estaba reponiendo Leslie.

—En unos minutos, todas las salidas están cerradas—aseguró Miller—. No les resultará fácil abandonar la ciudad.

Leslie asintió con la cabeza,

—¿Se sabe algo de Washington, señor? —inquirió.

—Aún no, Dalton.

—¿Y de Stanton?

Miller asintió con un gesto y dijo:

—Pero nada importante. El chico salió a la calle, en efecto. Stanton ha informado un par de veces

diciendo que el Servicio tendrá que pagarle unos zapatos nuevos, ya que el muchacho se dedica sólo a dar vueltas por las calles, sin sentido alguno, aunque parece muy atraído por el Rosen.

—Ya... —sonrió Leslie desganadamente—. Tal vez hayan visto huir a Till y a los otros.

—Stanton hubiese dicho algo, ¿no?

—Sí, claro... Es una esperanza, de todos modos. Tendremos que esperar noticias. De Stanton, de las patrullas, del aeropuerto y de Washington. ¡Maldita sea...!

—No se impaciente, Dalton—dijo el inspector Moore—. Por lo que a usted respecta, creo que le conviene un descanso. ¿Le parece bien mañana a las nueve en mi despacho?

—Sí, señor.

—Vámonos entonces. Trataremos de obtener algún dato sobre los Till del personal de servicio del Rosen. Claro que no espero conseguir demasiado...

Abandonaron la habitación.

Leslie trataba de pensar, pero lo cierto era que sólo tenía ganas de cerrar los ojos para evitar el terrible dolor de cabeza que sentía. Además, le sucedía algo extraordinario: al cerrar los ojos la imagen de Ruth Vaughan llegaba nítidamente a su cerebro.

Como le ocurriera algo...

Ni se enteró de los interrogatorios que efectuaron el inspector Moore y Miller. Se encontró en la calle, respirando ansiosamente, en unos momentos de calma, de silencio, puesto que había cesado el tráfico casi totalmente. Y en la pérgola no había música. Sólo susurros de las plantas y palmeras del jardín del hotel.

Se dirigieron hacia el coche oficial, que poco después partía velozmente.

* * *

Antes de las ocho, Leslie ya estaba en la ducha. No es que hubiese madrugado, sino que no había podido dormir. En parte, por el dolor de cabeza, también pensando en Ruth, y en el condenado lío en que se había metido el joven Cliff.

El hombre del FBI empezó a sentirse mejor cuando el agua pulverizada, fresca, resbalaba sobre su piel. Luego se frotó con la toalla y se peinó. Salió de la ducha en pijama y se sirvió dos dedos de whisky en un vaso. Encendió un cigarrillo.

Frunció el ceño al oír una llamada en la puerta.

Dejó el vaso sobre la mesita de noche y fue a abrir. Segundos más tarde se encontraba mirando el rostro desencajado del inspector Boone.

Este, al parecer, también había pasado la noche en blanco.

—¿Cómo me ha localizado? —inquirió Leslie.

—Yo también pertenezco al FBI—gruñó el inspector.

—Ya... Siéntese, señor.

Boone lo hizo cansadamente. Se pasó una mano por la frente e inquirió:

—¿Dónde está mi hijo? ¿Qué está ocurriendo, Leslie? Quiero la verdad. Leslie meditó unos segundos.

—En estos momentos no sé dónde está Cliff, señor. Lo que sí puedo decirle que está mezclado en el asunto, pero de un modo casual, no voluntario.

—¿Estás seguro?

—Sí, señor.

—Pero tú sabes cómo ha llegado a producirse esa relación.

—Cliff no fue muy explícito, señor—mintió el agente especial—. Ni pude hablar con él demasiado tiempo.

—Leslie, estás mintiendo y voy a...

En aquel instante sonó el teléfono, interrumpiendo al inspector Boone. Leslie tomó el aparato.

—Diga—gruñó.

—¿Dalton?

—Hola, Miller, ¿algo nuevo? —inquirió el agente especial.

—Ahí va, Dalton. Washington informa lo siguiente: Si bien parece en calma el movimiento de monederos falsos, la mayoría de los cuales están cumpliendo condena o han abandonado el país, hace cosa de dos meses penetró en territorio de Estados Unidos un técnico extranjero llamado Jules Darnand, que...

—¿Francés? —inquirió Leslie.

—Por supuesto. El tal Darnand arribó al aeropuerto Kennedy, en Queens, y no se ha vuelto a saber nada de él. Se sospecha que se ha trasladado al sudoeste del país—muy bien pudiera ser Arizona, ¿no, Dalton?—, y se encarece su vigilancia, dado el extenso expediente archivado en su honor. Como datos personales se cita que Jules Darnand perteneció a la Resistencia Francesa durante la

Segunda Guerra Mundial, después de haberse fugado de prisión, donde cumplía condena impuesta por el Gobierno de Vichy. Darnand trabajó para la Resistencia a su modo. Es decir: falsificando toda clase de documentaciones de las que se beneficiaban los miembros del «maquis». Al parecer, desempeñó un papel importante en defensa de Francia. Más tarde, hará cosa de ocho o diez años, tuvo que abandonar el país, puesto que fue sorprendido falsificando moneda libanesa y bonos petrolíferos. Por mediación de dos o tres países, la Interpol dio con él en Argel, y trasladado a Francia escapó con cinco años de cárcel. Aparentemente no

ha vuelto a dedicarse a esta clase de negocios, aunque eso no significa nada, y, como he dicho anteriormente, Washington encarece su vigilancia.

Leslie permaneció silencioso unos segundos.

—¿Has averiguado algo respecto al paradero de ese hombre?

—Aún no, pero estamos en movimiento.

—¿Qué se sabe de Till y los demás?

—Nada aún, Dalton. Es lógico pensar que se han movido, puesto que hemos recibido los partes sin novedad del aeropuerto, estación y patrullas de carretera. ¿Qué piensas sobre ese Darnand?

—Es nuestro hombre, Miller. Seguro.

—¡Hombre...!

—Te lo digo yo.

—Ah... —ironizó Miller.

—¿Qué hay de Stanton? —inquirió Leslie.

—Bueno... El caso es que, en mi opinión, se ha ido a dormir. No ha vuelto a comunicar. Sin bromas: estamos inquietos por él, ya que Stanton no es de los que se duermen.

—Comprendo—murmuró Leslie—, Nos veremos dentro de una hora.

—O. K.

Colgaron.

Leslie, pensativo, se volvió hacia el inspector Boone, que no se había movido de la silla y fumaba nerviosamente un cigarrillo. Le miró fijamente e inquirió:

—¿Conoce a un tal Darnand, señor?

—No.

—Usted estuvo en Normandía, ¿no?

—Bien... ¿Tiene eso importancia? —gruñó Boone.

Leslie meneó la cabeza.

—No lo sé—gruñó—: Realmente no la tiene para el caso que tratamos de resolver. Pero...

—Déjate de tonterías, Leslie—atajó el inspector—. Ponme al corriente del asunto. Cuanto sepas, ¿comprendido?

—Está bien... —suspiró Leslie.

Se sentó frente al inspector Boone y encendió un cigarrillo. Luego empezó a hablar, explicando todo lo ocurrido desde su llegada a Phoenix, excluyendo el motivo por el cual Cliff Boone estuviera metido en el asunto, así como la aparición de Ruth Vaughan.

Y Leslie, mentalmente, tomó nota de que el inspector Boone no se había inmutado en absoluto cuando salió a relucir Darnand y el hecho de que hubiese sido miembro de la Resistencia Francesa, Boone no parecía relacionar a aquel hombre con nada referente a sí mismo, lo cual

podía ser un indicio más de la pericia falsificadora de Darnand.

De todos modos se trataba, principalmente, de atrapar a los monederos falsos. Luego saldría a relucir lo demás, posiblemente en juicio... si llegaba a celebrarse.

Lo único que no podía hacer Leslie era ocultar pruebas que en definitiva, eximirían, en parte, de culpa a Cliff Boone, mientras condenarían a su padre. Aunque, a este respecto, Leslie iba formándose una composición de lugar.

—¿Piensa tomar parte activa en el asunto, señor? —inquirió Leslie, después de su explicación.

—Sí. Pero no veo qué podemos hacer. Leslie consultó su reloj de pulsera y dijo:

—Dentro de media hora tengo una entrevista con el inspector Moore. ¿Nos veremos allí?

El jefe de la Delegación de Santa Fe se incorporó. Parecía un hombre cansado, viejo.

—Nos veremos allí, Leslie—murmuró.

Poco después abandonaba la habitación, dejando a Leslie en libertad de movimientos.

El agente especial se vistió rápidamente, y, después de comprobar que el inspector Boone no estaba por las inmediaciones del hotel, echó a andar en dirección a la calle Nueve.

El tráfico en las calles empezaba a animarse. Era, primero, algo lento, perezoso. Luego parecía estallar de súbito el asfalto bajo las ruedas de los coches que surcaban las calles, bajo un sol que ya empezaba a quemar.

Al llegar al 200 de la calle Nueve, Leslie vaciló unos segundos. En realidad le daba miedo pensar que Cliff no estuviera allí. Y era lo más probable, dado el silencio de Stanton, posible indicio de que algo iba mal.

Se introdujo en el edificio.

—Eh...

Se volvió. Allí estaba la dueña de la pensión, que le miraba con curiosidad y sin preocuparse de disimularla.

—¿Busca a míster Boone? —inquirió la mujer.

—Sí.

—¿Son amigos?

—Pongamos que sí.

—No está. Salió ayer noche y no ha vuelto. Le vi salir cosa de media hora después que usted.

—Ya...

—Oiga, otra cosa.

Leslie la miró, interrogante.

—Estoy casi segura de que a su amigo le seguía alguien, ¿sabe? Un tipo de película. Leslie contuvo una sonrisa. ¡Menuda bruja!

—Está bien—gruñó—. Si regresa dígle que me espere en el hotel Oro. ¿Comprendido?

—Sí, señor.

Leslie le dio cinco dólares y la sonrisa de la mujer le indicó que los había estado esperando. El agente especial gruñó una despedida y abandonó aquel edificio.

Realmente había sido bastante optimista al pensar que Cliff, cansado de vagar sin rumbo, había regresado a la pensión. ¿Qué diablos podía haber ocurrido?

¿Y Stanton? Stanton llevaba consigo una radio, de modo que hubiese podido comunicar cualquier contingencia a la Delegación.

Leslie buscó Central Avenue y caminó abrumado por aquel nuevo problema. Lo cierto es que debió meter a Cliff en un calabozo aunque sólo fuese a título de protección. ¿Se habría metido en algún lío el muchacho?

Capítulo VI

CERCA de cuarenta años. Empero había que aguzar la vista para darse cuenta del detalle. De los detalles, mejor dicho. Pequeñas arrugas en torno a los ojos y rayas en el cuello. Era todo.

Por lo demás era una mujer casi alta, de formas que aún mantenían un encanto casi juvenil; estrecha cintura, en la que entallaba un bata de nylon celeste muy abierta por el escote.

Aquella mañana la mujer llevaba el rojo cabello suelto, sobre los hombros. Contrastaba el color de la cabellera con sus ojos negros, de mirada intensa, latina. Claro está, el color del cabello era artificial.

Y tenía la boca grande, carnosa, los ojos rasgados, los pómulos un tanto salientes, por lo que daba la impresión de que su rostro era delgado. Resumiendo: un fracaso de Hollywood. Sólo un fracaso más.

—¿Puedo pasar?

—Está ya adentro—dijo la mujer con voz algo ronca.

Leslie Dalton sonrió débilmente. Quedó en el vestíbulo de aquel apartamento, mientras la mujer cerraba la puerta. Hum... Aún tenía la espalda recta, sin grasa, y la bata no disimulaba en absoluto la curva de las caderas de aquella mujer. Esta se volvió repentinamente, sorprendiendo la mirada de Leslie. No se inmutó. ¿Por qué? Ella ya no tenía nada que perder. Lo que hizo fue inquirir, secamente:

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

—Leslie Dalton. FBI.

Leslie no demostró su sorpresa ante la indiferencia de la mujer. De todos modos, mala o buena, había sido actriz en Hollywood. Algo habría aprendido.

—FBI... Muy bien. Sígame.

Medio minuto después estaban en una salita orientada hacia Tonto Park, al sur de la ciudad. Poco mobiliario, espacio bien aprovechado, y con gusto. Reminiscencias de su antigua profesión, claro.

Se sentaron y la mujer encendió un cigarrillo sin mirar a Leslie. Este, por su parte, llegó a la conclusión de que aquella mujer tenía la suficiente experiencia y serenidad como para aparentar una tranquilidad que, quizá, no sentía.

—Usted se llama Ginette Dossin—empezó Leslie—. Lo de Kate Landon es sólo un seudónimo que empleó usted en Hollywood.

Ella le miró. Sonrió por primera vez, pero de una manera que podía hacer fruncir el ceño a cualquiera. Su burla era evidentiísima.

—¿De veras? Eso no es un secreto, señor FBI. —dijo.

—No lo es, claro... Usted conoce a Jules Darnand.

—Oh... Mi querido Jules... —la mujer entrecerró los ojos, como si evocara algo. Y Leslie empezó a sentirse incómodo, pese a hallarse apoltronado en un mullido sillón.

—Por tanto, le conoce—gruñó Leslie.

—Tampoco es un secreto, señor FBI. Jules y yo estuvimos a punto de casarnos, después de la guerra. Claro que yo tenía entonces diecisiete años y topé con la oposición de mi padre. Y ya ve: a veces los padres tienen la culpa de lo que ocurre a sus hijos. Jules desapareció y yo... Bien. Yo quise probar en Estados Unidos. Entonces era el país de moda... y lo sigue siendo.

Leslie la miraba fijamente. Sólo había dicho una mentira: que tenía treinta y siete años. Eran dos más. Pero el detalle carecía de importancia.

—¿Qué más? —gruñó Leslie.

—Nada más. He ahí mi historia, resumida. Mi historia en lo que respecta a Jules, claro está. Nos quisimos pero tuvimos que separarnos. De todos modos usted busca algo concreto. ¿Referente a mí o le interesa Jules?

—El.

—¿Qué ocurre con Jules?

—Ha estado aquí. En esta casa.

Un ramalazo de desconfianza pasó por las negras pupilas de la mujer. Miraba la brasa del cigarrillo, sin responder.

—¿Cómo lo sabe? —inquirió, por fin.

—El FBI sabe muchas cosas, Ginette...

—Llámeme Kate. Ginette es un nombre que quiero olvidar. Y lo más importante de mi vida me ha ocurrido con el nombre de Kate.

—Como quiera, Kate—gruñó Leslie—. Iba a explicarle que hemos descubierto que Jules Darnand está complicado, al menos tenemos fundadas sospechas de ello, en falsificación de dólares, aquí, en Estados Unidos. Hemos recibido información de Washington relativa a Darnand y apenas hace una hora hemos recibido ampliación de dichos informes y en ellos se la menciona a usted, con profusión de datos, ¿comprende?

—Vaya...

—Usted estuvo en Argel con Darnand.

—Sí. Ya había fracasado en Hollywood y Jules me localizó. Me reuní con él en Argel. Empero poco después le metían en la cárcel. Yo no tenía nada mejor y regresé aquí.

—Por tanto hace ocho años que no veía a Jules.

—Algo así; quizá siete.

—¿Qué ha ocurrido ahora? —inquirió Leslie.

Otra vez flotó entre los labios de aquella mujer la mortificante sonrisa de burla. Dijo, tranquila:

—Nada que no hubiera ocurrido antes, señor FBI. Leslie sonrió torcidamente y gruñó:

—No me refería a eso, Kate. Y usted lo sabe. Es posible que usted haya decidido reemprender su vida con Darnand.

—No hay nada de eso. Jules se ha vuelto casi viejo.

—Bien... ¿Dónde está ahora? Aquella mujer suspiró.

—¿Era necesario tanto rodeo para llegar a esta pregunta? —inquirió.

—Creo que sí. En realidad he querido demostrarle que sabemos bastante de usted y de Darnand. ¿Dónde está?

—No lo sé.

Leslie no se inmutó por la negativa.

—Usted afirma que no hay nada relativo a emprender una nueva vida con Darnand. Entonces, ¿por qué no colabora con nosotros?

—Hubiese colaborado, por ejemplo, ayer, cuando Jules aún estaba aquí—respondió la mujer.

—¿Cuándo se marchó?

—Anoche.

—¿Por qué motivo?

—No lo sé. Estaba nervioso. Ya le he dicho que no es el mismo Jules del que me enamoré hace veinte años.

—¿No le habló de sus actividades?

—No.

—¿De qué hablaron, entonces? —inquirió Leslie.

¡Otra vez aquella maldita sonrisa! ¡Y Ginette respondió!:

—Casi no hablamos, señor FBI.

Leslie soltó un gruñido. Evidentemente aquella mujer poseía una serenidad, un aplomo, dignos de consideración. Se limitaba a fumar y a contestar con la máxima rapidez al interrogatorio, como si nada de aquello tuviese importancia.

—¿De veras Darnand no le habló de sus proyectos? —insistió Leslie.

—Voy a ser sincera, señor FBI. Del mismo modo que a mí Jules me ha producido la impresión de que es casi un hombre acabado, no tengo por qué hacerme ilusiones respecto a lo que él debió opinar de mí al verme después de estos años. Nos limitamos a recordar el pasado, ¿comprende?

—¿Usted cree que Jules regresará aquí?

—Tal vez.

Leslie abandonó su asiento y dio unos pasos por aquella estancia que

olía a mujer aún hermosa y joven.

Realmente no era mucho lo que había obtenido. Ni poco. Ginette se había limitado a confirmar el informe recibido de Washington. No había agregado nada, excepto lo de que Jules Darnand había estado en aquella casa, lo cual, hasta aquel momento, sólo había sido una conjetura del FBI. Y si Kate, o Ginette, no lo había negado, se debía, sin duda, a que aquella mujer era inteligente, pues sabía que el FBI se enteraría de un modo u otro de la verdad, y comprendió que era estúpido negar.

Lo que parecía un tanto inverosímil era que Darnand no hubiese hablado con ella de sus proyectos y de sus actividades, ya conocidas de antaño por Ginette, puesto que estuvieron juntos en Argel.

Entonces, Ginette muy bien había podido mentir.

—Kate...

Ella miró al agente especial con indiferencia.

—Yo no creo en eso de que Darnand está acabado—dijo Leslie—, Un hombre que se dispone a colocar un cuarto de millón de dólares falsos en dos únicos golpes, y valiéndose de un método eficaz, no está acabado. Puede decirse que Darnand ha tenido mala suerte, pero no que haya perdido facultades.

—Eso es cosa de él. Yo me limito a comunicarle a usted la impresión que obtuve. Leslie respiró con fuerza.

Por aquel camino no había nada que hacer. Ella respondía rápidamente y con seguridad.

—Está bien—gruñó el federal—. De todos modos, si Darnand regresa, usted tiene la obligación de comunicarlo a FBI. ¿Comprendido?

—¿Tienen pruebas contra él? —inquirió la mujer.

—Las tendremos—sonrió Leslie, torcidamente. Ella se encogió de hombros.

—¿Se marcha ya? —inquirió.

Leslie rió silenciosamente. Aquello significaba que Ginette le echaba de su casa. Muy bien. Realmente nada quedaba por hacer allí.

—Me marcho, sí—respondió—. Recuerde: tiene la obligación de comunicar con el FBI si se presenta Darnand.

Ella abandonó el sillón y sin responder echó a andar por delante de Leslie hacia la puerta del apartamento. Leslie hizo un gesto de aprobación al poder contemplar de nuevo la recta espalda, la abundante cabellera ondulada, cuyo color natural debía ser el negro; las caderas, que se contoneaban suavemente. Se advertía que Ginette había aprendido mucho en Hollywood, aunque le hubiera servido de poco.

—Adiós, señor FBI.

—O hasta la vista, Kate.

—¿Qué quiere decir?

—Leslie sonrió burlonamente.

—Oh... Supongamos que Darnand regresara; volveríamos a vernos, ¿no?

—Seguramente.

Ella abrió la puerta y Leslie abandonó el aparta mentó. Segundos más tarde estaba en la calle, en Washington Street, debajo de Van Buren. Echó a andar por la acera hasta la primera esquina. Para atravesar la calle tuvo que esperar el cambio de luces del semáforo. Aprovechó para volverse con disimulo, tratando de comprobar si Ginette le observaba por alguna ventana del apartamento. No vio nada. Cruzó y se metió en un bar, desde el que podía ver la salida del edificio.

Pidió un aperitivo con ginebra. Mientras le servían se dirigió hacia la cabina telefónica del bar, poco concurrido en aquellos momentos, sin música, como en descanso.

Introdujo el «níquel» y disco el número de la Delegación.

—El inspector Boone—pidió. Aguardó sólo unos segundos.

—Sí, Leslie—sonó la voz de Boone.

—Una mujer inteligente, señor. Sólo he conseguido que no negara que Darnand estuvo en su casa. Sólo eso. De todos modos no pienso perder la paciencia con ella.

—De acuerdo, Leslie. Atiende: han llegado los datos solicitados respecto a Till. Nada importante, por lo menos en el campo de falsificación de moneda. Ha cumplido condena un par de veces por tenencia ilícita de armas y en otra ocasión por no comparecer en un juicio para prestar su testimonio. Como ves, sabe cuidarse, ya que es seguro que ha estado mezclado en toda clase de asuntos sucios. Desde drogas hasta asesinato por procuración. En cuanto al nombre, no es más que uno de sus alias: «Emmett Till. Se llama, en realidad, Dan Faraday. Contrajo matrimonio como Emmett Till, con una mujer veinte años más joven llamada Nora Duluth. Esta carece de antecedentes, pero se sabe que Till la encontró en un extraño club de Chicago donde no se permite la virtud de la mujer.»

—Comprendido, señor. De todos modos eso no tiene mucho valor.

—No, claro. Lo principal es localizarles. En la

Delegación continúan llegando partes de sin novedad. Por tanto siguen en Phoenix.

—Ya... ¿Se sabe algo de Stanton?

—No—murmuró el inspector—. No debiste dejar solo a Cliff.

—Lo siento. Le creí más sensato—musitó Leslie—. En realidad le dejé allí como una protección...

—Está bien, Leslie. Le encontraremos. A él y a la muchacha. Y a Stanton. No sé qué puede haber ocurrido, pero...

Se interrumpió. Leslie dijo:

—No creo que por el momento haya que temer por su vida, señor.

No obstante debemos tomar precauciones, puesto que si se dan cuenta de que les estamos acorralando se convertirán en un peligro. Siempre es así. Cuando se ven en peligro, matan para salvarse.

—Lo sé, Leslie. Claro que no nos consta de que haya caído en manos de Till...

—A este respecto, tengo formulada mi teoría, señor—dijo Leslie—. Cliff salió de la pensión y se dedicó a dar vueltas en torno al hotel Rosen, al parecer, sin decidirse a hacer algo. Es probable que descubriera a Till y a los otros cuando salían del hotel huyendo y decidiera seguirles. Stanton haría lo propio, claro está. Luego pudieron ser sorprendidos y de ahí la desaparición de Cliff y el silencio de Stanton.

—Bien... En efecto, eso es probable. Leslie, tú sabes por qué Cliff se ha metido en esto y yo tengo derecho a saberlo. Yo...

—Ya le dije que apenas hablé con él—gruñó Leslie.

—Como quieras—respondió Boone—. Esperamos aquí tus noticias.

—Sí, señor.

Leslie colgó el aparato y regresó a la barra. Sin prisas apuró el aperitivo, sin perder de vista la salida del edificio en que Ginette tenía el apartamento.

Calculó mentalmente el tiempo: tenía que vestirse, peinarse y el correspondiente maquillaje. Dándose prisa, invertiría, como mínimo, media hora y sólo habrían transcurrido ocho minutos desde que Leslie la dejara.

Encendió un cigarrillo, pagó el gasto y salió a la calle, echando a andar hacia el coche oficial, aparcado a unas cincuenta yardas del piso de Ginette.

—¿Señor?

—Sí, Leslie.

* * *

—Ella se ha apeado justo entre Thomas Road y Encanto Park. Se dirige hacia un «cottage» de renta, situado casi tocando el borde del parque. Se trata de una construcción no muy grande, con paredes blancas, grandes ventanales bajos a cada lado de la entrada y tiene garaje anexo. Jardín delantero y un grupo de palmeras a la izquierda. Hay un surtidor en el centro del senderillo, el cual bordea el surtidor, para luego seguir recto hasta la entrada.

—De acuerdo, Leslie.

—Media hora, señor.

—Estaremos preparados.

Leslie desconectó la radio. Luego encendió un cigarrillo y se apeó del coche. Se había desviado de la carretera y había metido el coche en un claro del palmeral alto, donde cuya posición dominaba perfectamente los alrededores y había visto a Ginette sin dificultad alguna.

La mujer se había metido ya en la casa.

Los alrededores estaban solitarios. Se veía el lago de Encanto Park, con su extraña forma, y las dos islas en el centro; aguas limpias, quietas, que reflejaban el sol, ya casi en lo alto. También se veía Thomas Road surcada intermitentemente por veloces automóviles, cuyo rumor llegaba, perezoso, apagado, hacia el tranquilo palmeral.

Leslie echó a andar.

Dentro de media hora debía comunicar de nuevo con la Delegación. Claro que media hora podía ser demasiado tiempo...

Empero, si Darnand era un hombre inteligente, sabría comprender el peligro que encerraba complicarse con el asesinato de un federal, cuando, prácticamente, estaba acorralado.

Leslie no vaciló en absoluto; siguió avanzando y llegó al senderillo, sabiendo positivamente que ya le habían visto. Lógico, ya que era a plena luz y él no disimulaba en absoluto.

Como esperaba le dejaron llegar a la puerta. Llamó. Sonrió débilmente cuando oyó el taconeo de una mujer. Y la propia Ginette abrió la puerta.

—Adelante, señor FBI—sonrió irónicamente.

—Bueno... Debería estar contrariada por el hecho de haberle tendido esta trampa, ¿no?

—¿Qué trampa?

—La obligué a salir.

—Oh... Se equivoca. Estoy aquí porqué, inesperadamente para mí, Jules me llamó por teléfono poco después de salir usted. Vine para discutir con él sobre... Pero pase. No se quede ahí.

Leslie penetró en el «cottage». Ginette, con un vestido claro pegado al cuerpo, a cada una de sus formas, le precedió por el vestíbulo y luego por un corto y claro pasillo.

Una habitación y allí, sonriendo con los gruesos labios distendidos repugnantemente, estaba Jules Darnand.

Capítulo VII

JULES Darnand se incorporó del sillón en que estaba sentado. Mas no avanzó hacia Leslie; se limitó a quedar en pie, siempre sonriendo. Era un tipo de estatura mediana, delgado; tenía el cabello completamente gris y no muy abundante; ojos oscuros, con un brillo excesivo como de continua ansiedad.

Vestía correctamente un traje marrón claro y se adivinaba por su compostura, por sus maneras, que en otros tiempos había manejado dinero y había alternado con lo bueno francés. Tal vez Niza, St. Jean Les Pins, Roquebrune...

—Ginette me ha hablado algo sobre usted—dijo Darnand—. Confieso que estoy sorprendido.

Leslie suspiró. Por lo visto el tipo estaba decidido a negar.

—Comprendo—dijo Leslie— Usted, ahora, está en paz con todo el mundo. ¿No?

—Eso es: en paz. Maravillosa paz. Siéntese. ¿Quiere beber algo? He pensado que si usted me explica el asunto yo podría colaborar con el FBI. Sería una experiencia nueva.

Leslie rió secamente. Luego dijo:

—Muy listo, Darnand. Yo le explico lo que sé y entonces usted, a su vez, se entera de lo que sabe el FBI, que es bastante. Compréndalo. Es inútil perder más tiempo. No es lo mismo falsificar dólares en París, por ejemplo, que en el propio territorio de Estados Unidos. ¿Dónde está la imprenta? ¿Las planchas?

Darnand, que se había sentado, en vista de que Leslie se empeñaba en permanecer en pie, cruzó las piernas, siempre con sus gruesos labios sonrientes.

—Todo eso pertenece a mi pasado—dijo—. He olvidado cómo se falsifica un billete.

—¿A qué ha venido a Estados Unidos? —inquirió Leslie.

—Creo que eso es cosa mía, señor...

—Dalton—gruñó Leslie.

—Mi viaje a Estados Unidos puede obedecer, por ejemplo, a motivos sentimentales— siguió Darnand—. Además, necesitaba un poco de descanso. Ya se sabe; uno deja atrás los cuarenta y cinco y empieza a sentirse viejo y a recordar lo bueno de su vida.

—Como Ginette.

—Eso es.

—¿Por qué se marchó ayer de su apartamento?

—Bueno... Tuvimos una ligera discusión—sonrió Darnand. Leslie dio dos pasos hacia el francés.

—¿De veras? —inquirió suavemente—. Tal vez yo adivine el motivo de su rápida huida. Alguien le telefoneó al apartamento de Ginette. ¿Sí, Ginette?

Miraba a la mujer que se había recostado en la pared, cerca del ventanal desde el cual se veían las palmeras cuyas grandes hojas se movían suavemente impulsadas por la brisa.

—No—repuso, lacónica, la mujer.

—¿Nadie llamó a Darnand? —insistió, empezando a ponerse furioso, Leslie.

—Nadie.

—Ya... De todos modos, Ginette, aún no hace una hora usted me decía que Darnand era un hombre acabado. Al parecer no habría acuerdo para volver a vivir juntos. De súbito él la llama por teléfono y usted vuela a su lado. ¿Por qué motivo?

—Lo pensé mejor.

Leslie apretó los labios. Con aquella mujer era inútil. En cuanto a Darnand, parecía tan rápido como ella en contestar mentiras. Leslie dejó de mirar a Ginette, dirigiendo rápidamente su vista hacia Darnand. Inquirió:

—¿Conoce a Emmett Till?

—No.

—¿Conoció en Francia a un hombre llamado Averell Boone?

—No.

—¿Usted no ha tratado de introducir un cuarto de millón de dólares mediante chantaje?

—No.

—¿Dónde está Ruth Vaughan?

—No la conozco.

—¿Tampoco a Cliff Boone?

—Tampoco.

—¿Usted no abandonó ayer a Ginette porque le llamaron por teléfono, indicándole que había intervenido el FBI y que Ruth Vaughan no había conseguido el dinero: ciento cincuenta mil dólares?

—No.

—¿Ustedes no capturaron más tarde a Cliff Boone y a un agente del FBI llamado Stanton?

—No.

Leslie calló. Sudaba de ira mientras Darnand no se había inmutado en absoluto ante el rapidísimo interrogatorio en el que se había limitado a negar todo.

Después de un ligero silencio durante el cual Darnand soportaba, tranquilo, la dura mirada de Leslie, éste dijo:

—Está bien, Darnand. Vamos a dejarlo así, por ahora. Pero sepa una cosa: se le vigilará estrechamente. Vaya a donde vaya, el FBI estará detrás de usted. No podrá salir del país. Para ser más exacto, ni siquiera podrá abandonar esta ciudad. ¿Comprendido?

—Usted se extralimita, Dalton. Leslie sonrió fríamente.

—Quizá. Usted también ha llegado demasiado lejos. Cuídese, Darnand—se volvió hacia Ginette y agregó—: y usted también. Hasta ahora me había parecido más inteligente.

¿Por qué se aferra al barco que se hunde?

—Nadie se hunde—respondió, serena, Ginette—. Imagino que para el FBI debe ser muy difícil soportar un fracaso de este calibre.

—¿De veras cree que hemos fracasado?

—Lamentablemente, además.

Leslie, en un fugaz pensamiento, se asombró de que aquella mujer hubiese fracasado en Hollywood. Tenía temperamento, aptitudes, belleza... Bien. A veces, las cosas ocurren sólo porque sí.

—De acuerdo—gruñó—. Volveremos a vernos.

Sin esperar más, Leslie dio media vuelta y echó a andar a grandes zancadas hacia la salida, rumiando su ira.

Pensó que se verían de nuevo antes de lo que Darnand y Kate se imaginaban. Y habrían cambiado las cosas.

En la salita, Darnand sonreía silencioso. Tampoco Ginette despegó los labios hasta que se oyó el portazo en la salida del «cottage»

—Es peligroso—dijo la mujer.

—Es inteligente. Lo ha adivinado todo. Pero carece de pruebas, ¿no?

—Puede encontrarlas. Darnand meneó la cabeza.

—No—respondió—. No, si somos rápidos. Ginette estaba pálida; meneó la cabeza.

—No sé, Jules... —musitó—. Ese hombre no actúa solo. En estos instantes debe dirigirse hacia su coche. Van provistos de radio y no tardará ni diez minutos en comunicar con la Delegación.

Jules sonrió irónicamente, mirando por el ventanal. Sin volverse a mirar a la mujer, dijo:

—No creo que debamos preocuparnos por él.

Ginette también miró por la ventana y apretó ligeramente los labios. Empezó a sentir miedo comprendiendo que había emprendido un peligroso descenso por la pendiente.

—Se largó.

—¿Qué hacemos? —inquirió Nora.

* * *

Emmett Till miró a Nora de un modo raro, con frialdad.

—¿Qué crees que se puede hacer? —inquirió.

—Bien... La responsabilidad de todo el asunto es de Darnand. Debe decidir él. Till sonrió torcidamente.

—Eso no lo discute nadie, querida—dijo—. Pero conozco a Darnand y sé que él no es hombre de acción; él no se comprometería a matar a un hombre del FBI. En estos momentos Darnand debe estar trazando un plan de fuga; sólo eso. Pero yo opino que todo será un fracaso si dejamos que ese tipo comunique con su Delegación, cosa que no tardará en ocurrir... si lo permitimos. Hemos de tener en cuenta una cosa: él «sabe» que nosotros estamos aquí. Claro está, ha demostrado ser inteligente al no intentar comprobarlo.

—Ya. En lugar de exponerse a actuar solo, le basta una simple llamada por radio para que tengamos aquí a diez hombres del FBI.

—Eso es—gruñó Till.

Nora se mordió los labios. Un destello de miedo pasó por sus azules pupilas.

—Bien...

Till no la hizo caso.

Allí, en el garaje anexo al «cottage» estaban, además de los Till, Kinkaid y Barker.

Los dos pistoleros seguían jugando tranquilamente, en mangas de camisa, dejando visibles los correajes que aseguraban la funda de la automática bajo la axila. Estaban sentados en sendos taburetes y jugaban sobre una mugrienta mesa, sobre la cual había una botella de whisky.

Vieron cercarse a Till y ni así dejaron de jugar. Que hablaba Till. Luego ellos obedecerían. Para eso estaban. Y si había problemas, ellos sólo podían colaborar a tiros.

Till llegó junto a ellos, observado por tres pares de ojos. En un rincón grasiento del garaje estaban Ruth Vaughan, Cliff y Stanton. Sólo este último parecía conservar firmes los nervios. Permanecía sentado, paciente, como quien sabe que lo que espera ha de llegar forzosamente.

Cliff sudaba de ira; le había costado un par de bofetadas un conato de rebeldía, pero no parecía satisfecho con la exigua ración, e iba en busca de más. Hay que agregar que Kinkaid le tenía ojeriza

Por su parte, Ruth Vaughan estaba aterrorizada. El miedo se notaba en sus ojos, en la palidez de su rostro, en el leve temblor de su barbilla.

Estaba acurrucada, sintiendo frecuentes estremecimientos,
Cliff, al ver a Till acercarse a los dos pistoleros, susurró:

—¿Qué ocurrirá, Stanton?

—Yo qué sé. Cállate y trata de oír algo. Cliff encajó las mandíbulas y aguzó el oído. Till, junto a los dos pistoleros, dijo:

—Eh, ha llegado el momento de pegar duro, muchachos. Le miraron ambos.

—¿Qué ocurre? —inquirió Kinkaid.

—El tipo del FBI. Ha llegado aquí y me temo que dentro de media hora regrese con otros diez hombres. Eso no puede ocurrir. ¿Vais comprendiendo?

Cada uno lo suyo. Así que Kinkaid y Barker comprendieron inmediatamente: había que liquidarle. Al mismo tiempo, no pudieron evitar pensar que de ser ellos quienes hubiesen tenido encañonado al hombre del FBI, en la habitación del Rosen, el tipo estaría criando ya margaritas, o cardos, lo mismo daba.

—De acuerdo—dijo Kinkaid.

—Pues andando.

Till les dejó y se reunió con Nora.

—Vamos adentro—dijo Till—. Me gustará saber qué piensa de todo esto Darnand. Por mi parte, no quiero asustarle comunicándole que he dado orden de que maten al del FBI. Se pondría nervioso y un cerebro aturdido no es capaz de desarrollar buenas ideas.

Nora pestañeó.

—¿Y qué haremos con los otros? —inquirió.

Till, una vez más, se asombró de la estupidez de su mujer. Pero, paciente, se limitó a decir:

—Matarles. Un hombre del FBI y ese chico, Boone, que nos ha complicado las cosas. En cuanto a ella ya lo sabes, ¿no? Supongo que no tardaremos en salir hacia la milla seis de la carretera.

Nora asintió con la cabeza. Por su parte, Till la empujó hacia la puerta lateral del garaje que conducía al interior del «cottage», y ambos desaparecieron.

Mientras Kinkaid y Barker empezaban los preparativos, Stanton y Cliff cambiaron una mirada.

—¿Qué hacemos? —inquirió Cliff.

—Nada. ¿Qué diablos quieres que hagamos?

—No sé... Podríamos atacarles... ¿No ha oído? Se han estado refiriendo a Leslie Dalton.

Seguro.

—Lo he comprendido—sonrió, irónico, Stanton. Y ¿sabes?, eso me alegra un horror, chico. ¿Poiqué? Porque significa que el FBI ha dado

con nosotros. Así que quieto aquí. Yo espero que podamos salir por nuestro pie de este garaje.

—Pero eso es muy cómodo—gruñó Cliff.

—Sensato. Sen-sa-to, chico—sonrió Stanton.

—Pero...

—Cállate de una vez. Ese Kinkaid está deseando clavarte un balazo en la barriga.

—Igual lo hará. Son dos para atacar a Leslie Dalton y...

—Dalton está armado, y prevenido, animal. ¿Has llegado a pensar por un momento que él cree que le van a dejar salir tranquilamente de aquí? Sabe mejor que tú, que lo estás viendo, lo que ocurre aquí en estos momentos.

Cliff inclinó la cabeza.

¡Maldita sea...! Aquello era verdadera confianza en un compañero. Stanton confiaba plenamente en Leslie, aun sin conocerle, sólo porque era un hombre del FBI.

Y todo había salido mal. ¡Todo! No debió desobedecer a Leslie. Lo único que consiguió fue dejarse atrapar por aquel peludo de Kinkaid. No le dejó ni respirar, el muy... Además, por estúpido, había comprometido a un agente del FBI, a Stanton, a quien tan siquiera pudo avisar, cuando Barker le rodeó. A Stanton le golpearon por la espalda y luego Barker le pisoteó la radio...

Todo mal.

Los tres prisioneros, en aquellos momentos, observaban a Barker y a Kinkaid, que estaba descubriendo unas metralletas que habían permanecido envueltas en trapos. No parecían tener prisa, puesto que el hombre del FBI no podía estar lejos de allí.

Fue Ruth la que miró a Stanton, como interrogándole con la mirada. Stanton se limitó a sonreír, como infundiéndole confianza.

La joven se mordió los labios. Asomaron las lágrimas a sus ojos.

—Tranquílcese—susurró Stanton—. No ocurrirá nada. Por lo demás, aunque algo nos ocurra a nosotros, usted y su padre recuperará los ciento cincuenta mil dólares que debe entregar como rescate.

—No me preocupa el dinero—murmuró la joven—. Mi padre tiene mucho más de ciento cincuenta mil dólares.

—¿Entonces?

Ruth no respondió. Era algo extraño... Recordaba mucho más lo ocurrido a Leslie Dalton en la habitación del Rosen que el miedo que estaba pasando, y los golpes que recibió hasta que comprendió que debía obedecer a aquellos hombres y llamar telefónicamente a su padre, dándole instrucciones para entregar los ciento cincuenta mil dólares en la milla seis de la carretera setenta del Estado de Arizona, a cambio de ella misma.

En aquel instante sonó una llamada en la puerta del garaje, corrediza. Kinkaid gruñó:

—Abre, Barker. Deben querer un coche.

Barker caminó hacia la puerta, contoneándose, con las manos vacías. Tiró de la puerta, descorriéndola a medias.

FUE así:

—¡Augh!

—¡Augh! Estómago. Mentón.

Capítulo VIII

AL estómago: con un enorme puño desnudo, nudoso, moreno, duro. Al mentón: con el cañón de una pistola. Y Barker, con la vista extraviada, cayó al suelo produciendo un sordo crujido.

Tres segundos.

Luego, Leslie Dalton saltó al interior del garaje, apuntando con la pistola a Kinkaid, quien, sorprendido, no sabía qué hacer. Se limitaba a mirar a Leslie con sus ojillos claros, muy juntos.

Leslie gritó:

—¡La puerta!

Y reaccionó Ruth. La muchacha, comprendiendo instantáneamente, se abalanzó hacia la puerta lateral del garaje, apoyando en ella su cuerpo y presionando para impedir la entrada de Till y Nora que empujaban desde el otro lado, cuando regresaban dispuestos a concluir el plan.

Cuando ya los ojos de Ruth giraban, impotentes, en busca de ayuda, los hombros de Stanton estaban allí, aplastando la puerta en su marco y corriendo el cerrojo interior.

Luego, Stanton empujó a la muchacha y se dejó caer al suelo, cuando la madera de la puerta era agujereada y astillada por varias balas, disparadas por el confuso y rabioso Till.

—Hacia el rincón, Ruth... ¡Hacia el rincón! —ordenó Stanton a Ruth. Mientras el joven Cliff Boone había reído.

Estaba sólo a dos pasos de Kinkaid, cuyo tardo cerebro empezaba entonces a funcionar.

El tipo, al oír la risa de Cliff, se había vuelto, mirando al muchacho con los ojos inyectados en sangre. Fácilmente, Kinkaid esquivó el primer golpe de Cliff y largó un derechazo furibundo que, al encontrar el vacío, hizo avanzar unos pasos a Kinkaid y chocar contra el «Hillman-Minx» que estaba en el garaje.

Y durante unos segundos, Kinkaid dio la espalda a Cliff, cuyo largo brazo se distendió y atrapó al gángster por el cuello de la camisa, obligándole a volverse. Y la izquierda de Cliff chascó salvajemente contra el rostro de Kinkaid, quien sintió, al instante, que sus labios se hinchaban para, de súbito, estallar en sangre.

Chillo.

Vio, entre nubes de ira, la sonrisa de Cliff Boone y quiso borrarla. Sólo consiguió caer en un espantoso ridículo, puesto que su fallido golpe casi le hizo describir una vuelta. Luego, la suela del zapato derecho de Cliff se apoyaba en sus nalgas y le lanzaba de bruces contra el guardabarros de la rueda derecha delantera del coche.

Por unos instantes, Kinkaid permaneció quieto, rumiando su ira y sacudiendo la cabeza, mientras Cliff, con el rostro cubierto de sudor, pero con un brillo de felicidad en sus ojos, esperaba.

La mala sangre, ya se sabe.

La mala sangre y lo que se aprende en muchos años en los bajos fondos.

Fue un amago que sorprendió a Cliff. Luego un patadón impresionante en el bajo vientre que borró todo vestigio de color en el rostro del muchacho.

Y el que rió fue Kinkaid, que terminó su obra de dos rápidos golpes en el cuello de Cliff. El muchacho rodó por aquel suelo lleno de grasa y manchas de gasolina.

Cuando Kinkaid quiso proseguir golpeando, pese a que Cliff daba señales de insensibilidad, fue

Stanton quien se interpuso en el camino del gángster.

Stanton sonreía distendiendo un bigotito rubio que podía engañar a cualquiera, puesto que le proporcionaba una falsa apariencia de imbecilidad.

Y Stanton parecía idiota en aquellos momentos.

Kinkaid rió. Largo un «uno-dos» que se perdieron en el aire.

Por contra recibió algo que le pareció un «noventa y nueve-cien» y salió lanzado de nuevo contra el coche, quedando pegado a una portezuela. Stanton acabó con él de un golpe con el canto de la mano en la yugular que dejó inútil a Kinkaid.

Stanton no perdió el tiempo. Metió a Kinkaid en el interior del coche y cerró con violencia la portezuela, aprisionando dolorosamente la muñeca izquierda del tipo, que asomaba al exterior.

Un ronco grito de dolor y Kinkaid, sin conocimiento, quedó sepultado bajo los asientos traseros del lujoso «Hillman-Minx».

Habían ocurrido más cosas.

Barker, repuesto de los dos golpes que recibió por sorpresa, se había arrodillado y mientras se reponía, contempló parte de la pelea entre Kinkaid y el chico del pelo al cepillo. Luego, al comprobar que el del bigotito, el del FBI, tenía tanta o más mala sangre que Kinkaid, optó por hacer las cosas bien.

Las cosas bien...

El tipo echó a correr. Eso fue lo que hizo.

Corrió estúpidamente como si, por ejemplo, tuviera la esperanza de

que sus piernas fuesen más veloces que una bala de la pistola de Leslie Dalton, si éste llegaba a disparar.

Pero Leslie no disparó.

Se limitó a correr más que Barker.

Y le alcanzó cuando el tipo ya estaba junto al surtidor.

Aquel chorrito de agua... se pulverizaba, refrescante, transparente, haciendo juegos florales para los asustados pececillos del fondo del estanque.

Sí. Luego un pez mucho más grande, con apariencia de hombre, fue lo que cayó al estanque, impulsado por un enorme puño que golpeó por dos veces consecutivas en el rostro de Barker.

El chapoteo alteró la calma del surtidor. Y luego fueron dos detonaciones simultáneas lo que truncaron el relativo silencio, pero sonaron cuando ya Leslie Dalton rodaba por la arenilla del sendero, mientras del borde del estanque saltaban esquilas de cemento.

También Barker, para no ser alcanzado por las balas, se vio obligado a permanecer hundido en el agua, sacando apenas la cabeza para respirar, y mientras Leslie empuñaba su Luger.

—¡Húndete! —ordenó Leslie, furioso.

—Pero...

—¡Vamos!

Barker se hundió cuando dos plomos, tres, hasta cinco, dejaron en el aire un silbido muy cerca de la cabeza del gángster.

Leslie no respondió al fuego. ¿Para qué? Era estúpido malgastar plomo contra las paredes del «cottage» o contra los cristales.

Lo que hizo fue consultar su reloj de pulsera. Veintisiete minutos desde que comunicó por radio con el inspector Boone.

Y nada más.

Había cesado el fuego y sólo era perceptible el rumor de los coches que circulaban por Thomas Road; rumores rápidos que se apagaban apenas insinuados.

También se percibía el resuello de Barker que seguía en el agua, sin atreverse a asomar la cabeza por miedo a una bala perdida.

Leslie respiró hondo. No había prisa. Dentro de un par de minutos oiría la sirena del coche oficial del Servicio y él podría empezar a actuar en serio. Y Barker no sería un estorbo puesto que estaría entre dos fuegos y nada más peligroso que eso para la conservación de la cabeza.

El murmullo pacífico del surtidor. Jadeos de Barker.

Y, por fin, la sirena.

Leslie echó un vistazo a Barker y dijo:

—Te conviene seguir así, muchacho. ¿Comprendido?

—Algún día... algún día...

Leslie rió. ¡Menudo idiota! Algún día. ¿Cuándo? Complicado en dos asuntos serios: falsificación de dólares y secuestros. ¿Qué diablos esperaba aquel imbécil?

Le dejó solo y se deslizó pegado al borde circular del estanque, cuando la sirena del coche oficial era ya un pitido insufrible.

Luego, Leslie, fuera del ángulo de tiro de los que estaban en la casa, corrió hacia la puerta del garaje que seguía abierta.

Penetró en aquél, observando, inmediatamente, la tensión existente junto a la puerta lateral que comunicaba el garaje con las habitaciones interiores del «cottage».

Oyó suspiros de alivio cuando le vieron aparecer.

—Oímos disparos, Leslie, y...

—A callar, Cliff—gruñó Leslie—. Tú, Stanton, llévate a Kinkaid de aquí. Te basta un pequeño rodeo para llegar junto a los nuestros sin peligro alguno.

—De acuerdo—gruñó Stanton.

Y la sirena que poco antes taladraba el aire con su estridencia había dejado de ulular. Se oyeron chirridos de frenos y dos coches oficiales se habían detenido a cosa de cincuenta yardas del «cottage».

Tranquilo, sonriente, Stanton observó el rapidísimo despliegue de varios hombres de paisano, mientras Kinkaid hacía crujir los dientes.

Stanton reconoció al inspector Moore, su jefe, portando el amplificador portátil usual. Y el aparato empezó a impartir órdenes.

* * *

—Tú, Cliff, andando—gruñó Leslie, Cliff se humedeció los labios.

—Leslie... yo no sé cómo solucionar...

—Tú no has de solucionar nada. ¿Has oído la sirena?

—S-sí...

—¿Sabes qué significa?

—Lo imagino... ¿También ha llegado mi padre? —Desde luego. ¿Qué creías? Cliff se humedeció los labios.

—Leslie, tú podrías...

—Se trata del FBI, Cliff.

—¿Pero qué diablos le digo yo a mi padre? —estalló Cliff. Leslie frunció el ceño.

—Es cosa tuya, Cliff.

—Pero. ¿Cómo podía yo decirle a mi padre que sabía lo de su segundo...?

—Tú no sabes nada, Cliff.

—¡Leí los documentos!

—También has visto dólares falsos.

—¿Quieres decir qué...?

—No quiero decir nada. Anda, largo. Yo aún tengo que hacer, muchacho.

Cliff, muy pálido, con la cabeza inclinada, se volvió y echó a andar hacia la salida del garaje.

Seguía oyendo la voz de su padre, a través del amplificador portátil.

¿Qué iba a decirle?

Todo, en aquellos momentos, parecía estar contra los Boone. Cliff desapareció unos segundos más tarde.

Y Leslie, sonriendo suavemente, se acercó a Ruth que le miraba con los ojos muy abiertos.

—¿Has pasado mucho miedo, pequeña? —inquirió el federal.

—Un poco—musitó la joven.

Leslie, despacio, acarició aquella barbilla redonda, fresca, suave, sin que la joven opusiera la menor resistencia. Se limitó a enrojecer ligeramente.

—Deja que adivine una cosa, Ruth—dijo el federal.

—¿Qué... qué...?

—Has llegado a creer que tenías un hermano o una hermana en Francia. Las claras pupilas de Ruth dejaron traslucir su asombro.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió.

—No lo sabía: lo sospechaba—sonrió Leslie.

—Pero... ¿por qué? ¿Cómo puedes sospechar eso? —le tuteaba con toda naturalidad.

Leslie notó una ligera y agradable precipitación en los latidos de su corazón.

—Bueno... Han ocurrido muchas cosas, Ruth —dijo Leslie.

—Ya. Leslie...

—¿Qué?

—¿No sospechas nada más? —inquirió Ruth.

El la miró fijamente a los ojos. Luego cerró los suyos un instante.

—Ruth...

—Estás acertando, Leslie—susurró la joven.

La chica tenía la nariz sucia de grasa. Además, como había llorado, tenía el rostro un tanto descompuesto. Pero... ¿qué diablos importaba eso? Ruth era... Ruth era...

Y Ruth había cerrado los ojos, esperando.

Esperó poco, claro. Leslie Dalton sabía cómo y cuándo hacer las cosas y hacerlas bien.

Y se inclinó. Lentamente, saboreando el momento. Luego, lo que saboreó fueron los labios de Ruth Vaughan. La chica, aferrada al cuello

de Leslie, temblaba ligeramente. Todo su cuerpo, sus labios; desprendía calor, juventud.

Cuando se separaron, Ruth tenía las pupilas agrandadas. Musitó:

—No... no sé cómo ha podido ocurrir, Leslie... Yo...

—¿Te arrepientes?

—¡No! —enrojeció—. Sólo que tú puedes pensar que yo... que yo...

—No soy capaz de pensar nada, Ruth. Y sal de aquí. Esto empieza a complicarse.

—Leslie... ellos me hicieron llamar a mi padre por teléfono, pidiéndole como rescate los ciento cincuenta mil dólares que yo no tuve ocasión de sustituir por la misma cantidad de dólares falsos que me entregaron. Mi padre debe estar ya esperando en la milla seis de la carretera y...

Leslie la besó en los labios. Ella calló. Correspondió.

—Eso ya no debe preocuparte, Ruth. No ocurrirá nada—dijo luego, Leslie—. Ahora déjame. No sé si sabes que pertenezco al FBI.

Sonriendo la empujó hacia la salida del garaje. Luego se dirigió hacia la portezuela lateral, pegando el oído a la madera.

Capítulo IX

EMPUJO la puerta con suavidad y abrió sin producir el menor chirrido.

Leslie llegó junto al marco de la puerta de la salita y echó un vistazo al interior. Estuvo a punto de echarse a reír. Ocurría lo de siempre: se había esfumado el valor; maldecían su ambición. Parecían conejos atrapados.

Sólo Emmett Till, hombre de acción directa, parecía saber qué hacer con la pistola que tenía en la mano.

Emmett Till, así como los demás, estaba de espaldas a la puerta, agazapado junto al ventanal, tratando de ver lo que ocurría en el exterior.

Y sonó la voz de Leslie:

—¡Suelten las armas!

Cuatro cuerpos respingaron.

Luego empezaron a girar, lentamente.

Entonces pudo ver Leslie aquellos rostros sudorosos, con expresión de acorralamiento. El primero en soltar la pistola fue Jules Darnand. El arma rebotó secamente contra el suelo. Luego siguieron las de Kate y Nora.

Emmett Till inspiró con fuerza, e, inesperadamente, saltó a un lado mientras apretaba el gatillo.

La detonación retumbó en la salita y el plomo zumbó rabiosamente junto al cuello de Leslie, que había realizado una instintiva contorsión y se clavó en la madera de la puerta.

Leslie, fríamente, apretó el gatillo, apuntando a la cabeza, cuando Till saltaba de nuevo, esta vez buscando la protección de un sofá. El balazo sólo le alcanzó en una pierna y se oyó un grito de dolor en la estancia, tres de cuyos personajes presentes parecían estatuas.

Till se arrastró esquivando un nuevo plomo, y Leslie corrió hacia él, abalanzándose contra el sofá, derribándolo y aplastando debajo a Till, cuyo aullido vibró en el aire.

Leslie, seguidamente, pisó la mano izquierda de Till, privándole de la libertad de movimientos.

—Basta, Till—gruñó—. No te...

Till, histéricamente, se revolvió, librándose del sofá, y quedó vuelto hacia Leslie, con el cañón de su pistola directo al pecho del agente

especial.

Sonó un grito en la estancia. Luego, una detonación.

Leslie, rápidamente, eligió entre su vida y la de Emmett Till.

Y allí estaba el resultado. Fue un seco chasquido y la bala disparada por Leslie se alojó en el cráneo de Till, quien, fulminado, se desplomó, quedando de bruces, con los ojos abiertos.

Se oían carreras por los pasillos. Voces.

Nora Till reaccionó por fin y se abalanzó hacia el cuerpo del caído. Se mordía los labios. Luego alzó la mirada, helada en aquellos momentos, posándola en Leslie.

—¡Maldito...! —masculló sordamente.

Como una fiera se precipitó hacia la pistola que había soltado Till y la empuñó.

—¡Quieta!

No hizo caso.

Sonó otra detonación, esta vez procedente de la puerta. Y Nora, con los ojos muy abiertos, quedó mirando la pistola que había saltado de su mano, sin hacer caso de la sangre que resbalaba de sus dedos hasta el suelo, goteando trágicamente.

Ni miró al inspector Boone cuando éste, seguido por otros hombres del FBI penetraba en la estancia.

Leslie guardó la pistola y suspiró.

—¿Conoce a este hombre, señor? —inquirió, señalando a Darnand.

—No le he visto en mi vida. ¿Qué diablos ocurre?

—Bien... Era simple curiosidad. Veamos.

Se acercó a Darnand y le empujó, sentándole en un sillón. Luego se volvió hacia sus compañeros y gruñó:

—Sacad de aquí a estas víboras.

El inspector Boone hizo una leve seña de asentimiento y los agentes especiales se hicieron cargo de Nora y Ginette. Esta, silenciosa, tranquila, dirigió una fría mirada a Leslie.

—Muy listo, señor FBI—murmuró—. Le felicito.

—Ahorre ironías. No es momento. Y largo de aquí. El inspector Boone ordenó:

—Que se registren todas las dependencias. Probablemente encontraremos aquí el material de impresión de los billetes. Buscad todas las pruebas. En pocos segundos quedaron el inspector Boone, Leslie y Darnand, que había encendido un cigarrillo con movimientos suaves, con tranquilidad. Y dejó que su sonrisa flotara de nuevo, aunque aquella vez era un tanto pálida.

Dijo:

—Van a perder el tiempo. No encontrarán nada.

—¿De veras? —gruñó Leslie.

—A ustedes les va a resultar muy difícil probar que esos dólares los he falsificado yo.

—En cambio, será muy fácil, demostrar que es usted quien ha intentado introducirlos— dijo Leslie.

—Ya... De todos modos no seré yo el único perjudicado. Usted lo sabe, Dalton, Leslie encajó las mandíbulas.

—¿Se refiere a lo de los chantajes?

—Sí.

—¿Pretende que eso es real?

—Lo es.

Leslie dirigió una mirada de soslayo al inspector Boone, que miraba, desconcertado, a Darnand. ¡Maldita sea!

—Está bien—gruñó el agente especial—. ¿De dónde sacó esos doscientos cincuenta mil dólares falsos?

—Bueno... Son restos de una serie fabricada en Marsella. El «affaire» fue bastante sonado, pero no todo el dinero fue recuperado, si bien la Policía consiguió las planchas y el material. Yo huí con ese cuarto de millón, simple papel que entonces no valía nada, ya que era jugarse el cuello intentar ponerlo en circulación. De todos modos, yo sabía que dejando correr el tiempo tenía verdaderamente un cuarto de millón de dólares.

—Y se presentó aquí después de tres años transcurridos, si mal no recuerdo, de ese «affaire», creyendo que tendría más facilidades—gruñó Leslie.

—En efecto. Con un poco de astucia tenía que salir bien, forzosamente. Y el fallo no ha sido mío. Se debe al azar. Hubiera sido un golpe rápido; sin el menor peligro, yo hubiese trocado nada por un cuarto de millón de dólares legales.

Boone había achicado los ojos. En realidad, tenía miedo de intervenir.

—¿Por qué mezcló a mi hijo en esto? —inquirió por fin. Darnand sonrió.

—¿No se lo ha dicho? Bueno, claro que no. El chico debió sentir que el mundo le caía encima cuando se enteró de que su padre es un bígamo.

El rostro del inspector Boone tomó el color de la púrpura.

—¿Qué diablos está diciendo? —estalló. Darnand se echó a reír.

Miraba hacia la entrada de la salita y dijo:

—No se quede ahí, muchacho. Pase.

Muy pálido, Cliff Boone penetró en la estancia, mirando, alternativamente, a su padre y a Darnand. El muchacho, silencioso, quedó ante el atónito inspector Boone, que dominaba difícilmente su ira.

—Cliff... ¿tú creíste que...?

—Leslie tiene las pruebas, papá—susurró el joven—. Yo lo hice por recuperarlas. Yo no sabía que...

—¡A ver eso! —gritó Boone, mirando a Leslie.

El agente especial, en silencio, le tendió el certificado y los negativos de la fotocopia. Mientras Boone leía, estupefacto, Leslie se acercó al teléfono y disco un número.

Contestaron:

—Hotel Oro.

—Soy Leslie Dalton. Esperaba algo.

—Quizá un cable. Leslie suspiró.

—Eso es, un cable. Léamelo.

—No estoy autori...

—Lea eso—gruñó Leslie—. Vamos.

En aquel instante, todos miraban a Leslie. Este escuchaba.

«Simone Boone Leclerque no consta en este Registro. Igualmente, desconocida Marcela Leclerque. Indique si existe posibilidad de confusión nombres.»

—Gracias—murmuró.

Y colgó el teléfono. Antes de decir nada, se acercó lentamente a Darnand, mirándole con fijeza, de un modo que Darnand empezó a comprender, y a _ encogerse.

De súbito restalló con fuerza una terrible bofetada, que enrojeció la mejilla del francés, le despeinó y le hizo chocar de coronilla contra el respaldo del sillón.

Cliff, sudoroso, miraba fijamente a Leslie.

—Leslie...

—Tranquilo, chico. Ya te lo dije.

—Es falso... —musitó el chico.

Luego, de súbito, inesperadamente, lanzó un grito de rabia y se abalanzó hacia Darnand. Antes de que Su padre o Leslie pudieran impedirlo, Cliff, con todos los músculos tensos, agarró a Darnand por las solapas de la chaqueta y le incorporó violentamente.

—¡Maldito seas! —chilló Cliff.

Y le descargó dos puñetazos en el pecho. Luego, estómago y rostro, y Darnand, convertido en un pelele, salió lanzado contra el sillón donde quedó desmadejado con la boca ensangrentada.

Cliff pretendió abalanzarse sobre él, jadeante, mascullando palabras ininteligibles, pero ya Leslie y el inspector Boone habían reaccionado y

le sujetaron con fuerza por los brazos, impidiéndole acercarse al asustado Darnand.

—¿Por qué tuvo que elegirme a mí? ¿Por qué? —gritó Cliff. Darnand no despegó los labios. Fue Leslie quien dijo:

—Cálmate, Cliff. Lárgate ahora dé aquí.

El chico retrocedió, apretando rabiosamente los puños. Leslie dejó de prestar atención y miró a Darnand.

—¿Por qué eligió a Boone y a la chica Vaughan?

—Los he estado estudiando varias semanas y llegué al convencimiento de que eran las personas que necesitaba. Conocidas, con prestigio y con facilidades para cambiarme el dinero. Lo de las pruebas que demostraban bigamia lo había pensado ya mucho antes. Estando en Francia, ya preparé los certificados, en blanco. Se trataba de ilegal aquí cuando se me hubiera olvidado y estudiar los nombres que habían de constar en esos papeles. Eso es todo.

—¿Es cierto que dinero procede del «affaire» de Marsella?

—Es cierto, sí.

—Será comprobado por nuestro laboratorio, Darnand. Se encogió de hombros.

—Hagan lo que quieran—gruñó.

Y ya no volvió a despegar los labios.

El inspector Boone miraba a Leslie hoscamente. El agente especial carraspeó.

—¿Por qué no me lo dijiste? —inquirió, secamente, el inspector.

—Yo...

—¿Por qué, maldita sea? ¿También desconfiabas de mí?

—No... no, señor. La prueba es que puse el cable... Como agente del FBI tenía que establecer la verdad en todo lo relativo a este caso. Y no tenía por qué decir nada sin plena seguridad de estar en lo cierto.

Boone inclinó la cabeza.

—Está bien—gruñó, guardándose en el bolsillo aquellos papeles.

Echó a andar, cuando llegó el inspector Moore, anunciando que no había encontrado nada en la casa. Leslie le explicó la confesión de Darnand.

Poco después sonaba la sirena de una ambulancia.

Capítulo X

LESLIE...

El agente especial miró al muchacho.

—¿Qué hay, Cliff? —gruñó.

—¿Qué ocurrirá ahora?

—Pues... lo de rutina. Se han recuperado esos dólares falsos, y Darnand será juzgado, así como Nora y Ginette Dossin. Lo que debes hacer tú es devolver los cien mil dólares que te llevaste de la caja de tu empresa. ¿Estamos de acuerdo? Naturalmente, tendrás que estar presente en el juicio.

Cliff estaba silencioso.

—¿Qué te ocurre? —inquirió el agente especial.

—Es que yo no te preguntaba nada de eso, Leslie.

—¿No?

—Yo... yo no sé si mi padre...

—¿Te perdonará? —inquirió Leslie.

—Eso es.

—Claro, hombre—rió Leslie—. Ya te ha perdonado. Hala...

—Tú tenías razón, Leslie—musitó el joven.

—Sí, hombre. Adiós.

—Pero...

—No seas terco, Cliff—gruñó el federal—. Tu padre está deseando perdonarte. Y esto ha sido una lección para ti. ¿Por qué diablos hay que desconfiar a la primera de un hombre como él? ¿Comprendido?

—Sí.

—Pues andando.

Y le empujó. Cliff echó a andar hacia su padre, y Leslie bufaba. ¿Acaso no estaba allí Ruth esperándole, y muy nerviosa, al parecer? ¡Diablos! Aquello era tener suerte. La chica se ponía nerviosa si estaba dos minutos lejos de él.

Y allí estaban los demás. Barker chorreando agua, Kinkaid mirando fijamente al suelo. Nora estaba siendo atendida en su herida de la mano y Darnand y Ginette permanecían silenciosos. Ambos parecían haber envejecido en pocos momentos.

¿De qué les había servido ser inteligentes?

Y aquella era la misma estampa de siempre. Los derrotados sabían qué les aguardaba. Los hombres del FBI, impasibles, realizaban su labor, ya a punto de marcha.

Primero fue la ambulancia, que arrancó y tomó la carretera a gran velocidad. Tanta prisa, ¿para qué? Total, transportaban un muerto. Leslie caminó hacia Ruth.

—Ya pasó, pequeña—dijo el agente especial.

—Leslie... Mi padre...

—Vamos, vamos. Todo eran mentiras. Allí donde está, el tal Darnand se ha caído de puro listo. Y...

—Pero, Leslie, es que mi padre me está esperando en la milla seis. Ese fue el trato que hizo con Darnand. Y debe estar muy nervioso, suponiendo que me ha ocurrido algo. Yo ya debía estar allí.

—Pues cierto...

—¿Qué hago, Leslie?

—Esto es fácil.

La arrastró hacia donde estaba el inspector Boone, dando las últimas órdenes.

—¿Qué ocurre, Leslie? —gruñó Boone.

—Me largo, señor. Míster Vaughan debe estar pasando apuros, en espera de que llegue su hija, ¿comprende? Esto... usted ya habrá adivinado que a Ruth le ha ocurrido lo mismo que a Cliff. Por tanto, no sólo ha sido el muchacho, ¿eh? Oiga, es un golpe muy rudo eso de que de pronto le digan a uno...

—Vete al diablo. Ya sé lo que debe pensar uno. ¿O es que vas a darme consejos ahora?

—Pues...

—Dentro de una hora en la Delegación, Leslie. Hay que redactar el informe. Tú, claro está. Y mira al idiota de mi hijo. ¿Qué hará allí pasmado mirándome con ojos de perro triste? ¡Cliff!

Leslie soltó una carcajada al ver correr al chico, al trote, en dirección al inspector Boone.

—Vamos, al coche. En marcha. Empezaron a zumbar motores.

Leslie y Ruth quedaron solos frente al «cottage», a pocos pasos del surtidor, que había recobrado por completo su calma y dejaba oír el fresco rumor del agua chorreando.

Los coches se alejaban ya carretera adelante.

—Vamos, Ruth—dijo Leslie.

Poco después estaban junto al coche oficial que había utilizado Leslie para seguir a Ginette. Se acomodaron en él, Leslie dio marcha atrás para dejar el coche en la carretera y una vez allí frenó. Miró a Ruth.

Ruth empezó a enrojecer.

—Mi... mi padre... —empezó.

—Yo sólo tengo una hora, pequeña—gruñó Leslie—. Ya oíste al inspector Boone. Una hora... ¡Maldito oficio! Eh... ¿Me tienes miedo ahora?

—No, no...

—Pues haces mal. Soy terrible.

Creció el tono rojo del rostro de Ruth.

Y Leslie, despacio, abarcó la cintura de la muchacha, atrayéndola. Ella entreabrió los labios y cerró los ojos. Se sentía bien; aquello era distinto.

Luego, los labios de aquel hombre.

—Vamos—gruñó, luego, Leslie.

—Oh...

Primero la obligación, maldita sea. Rabiosamente, Leslie puso el coche en marcha, fingiendo ignorar la decepción de Ruth, que apenas se despegó de él.

El coche dejó atrás el palmeral y el lago, enfilando hacia Thomas Road. El tráfico empezaba a ser intenso en aquel mediodía de un sábado.

La milla seis no estaba lejos de allí.

* * *

¿El «cottage» de los Vaughan?

Todo el mundo lo conocía en Flagstaff, natural mente. Y fue muy fácil para Leslie Dalton llegar al lugar.

El «cottage» estaba rodeado de bosquecillo y jardín. Y al atardecer rojizo, silencioso, de las afueras de la ciudad, se movían las hojas, las flores desparramaban su fragancia. En cuanto a la construcción era bastante grande, moderna, con un pequeño lago artificial frente a la fachada principal, por cuya superficie asomaban flores y algas.

Leslie silbó.

Aquello era como para cohibir a un hombre que vivía de lo que ganaba en el FBI, que no era demasiado.

Pero Leslie Dalton no era de los que se cohíben. Ni hablar. Muy cierto que Ruth tenía mucho dinero. ¿Y qué? Él tenía otras cosas que valían tanto o más que el dinero de Ruth.

Así que...

Echó a andar, penetrando en el recinto de la finca. Un minuto después se alteraba el ritmo de los latidos de su corazón al descubrir la piscina. Bueno, la piscina era lo de menos. Allí, en el borde, sentada, mirando hacia un punto indefinido, estaba ella.

En traje de baño, con el cabello suelto, mostrando su piel ligeramente tostada y mostrando... Ella no había visto a Leslie, y éste aprovechaba para despacharse a gusto. Exacto: de formas no demasiado generosas, pero suaves, femeninas. Y el óvalo del rostro. Los labios tersos, frescos... Exacto. Y los ojos grandes...

Leslie estaba detrás de un rosal, quieto, con sólo ojos.

—Hola, joven.

Leslie respingó. Se volvió vivamente.

—Oh... Es usted, Dalton. No le había reconocido de espaldas. Leslie se humedeció los labios.

—¿Todo bien? —inquirió el hombre.

—Todo bien, míster Vaughan—respondió Leslie.

—Una profesión interesante la suya, Dalton. Dígame una cosa: ¿qué se siente cuando termina un caso? Quiero decir cuando ya han metido entre rejas al de turno.

—Es difícil de explicar—gruñó Leslie.

—Supongo que ustedes deben sentirse satisfechos.

—Sí, claro...

Leslie, impaciente, miraba de soslayo a Ruth, que aún no les había visto, y seguía mirando al agua de la piscina. Edward Vaughan pasó una mano por encima de los hombros de Leslie y le empujó hacia la casa.

—Tomaremos algo—dijo—. ¿Sabe? He estado pensando en ese Darnand. Un tipo ingenioso, ¿eh?

—Sí, desde luego.

—Yo creo que esa gente obtendría mucho más partido de su inteligencia dedicándose a algo decente. Y, de rechazo, nosotros estaríamos más tranquilos. Tal vez no se haya enfocado bien el problema de la delincuencia.

—Es posible...

¡Maldita sea! Había que rendirse. Aquel Vaughan era un tipo tan alto como Leslie y más grueso. Tenía un rostro grande, abierto, noble. Y un brazo pesado, que seguía empujando a Leslie hacia la casa, y ya no podía ver a Ruth.

Penetraron en la casa y el propio Vaughan preparó dos combinados. Dijo:

—Siéntese, Dalton. En cuanto a la mujer, opino que existirían menos al estilo de esa Kate y la otra, si el número de delincuentes fuese menor. Ellas son débiles, ¿comprende, Dalton? Y ceden fácilmente cuando algo las ciega.

—Así es—gruñó Leslie.

Vaughan, sentado frente a Leslie en un cómodo sillón, quedó unos instantes pensativo. Luego dijo:

—Claro está, hay que comprender que el problema no es tan fácil de resolver. De ahí que en lugar de prevenir, el Gobierno tiene que dedicarse a curar. Y para eso están ustedes.

—Sí... sí...

—Claro está que tener que emplear la violencia es deprimente, ¿no?

—A veces es imprescindible.

En aquellos instantes se oyó un taconeo que se acercaba a la salita. Leslie contuvo un suspiro de alivio y míster Vaughan dijo:

—Ahí viene Ruth.

Sí. Entró en la salita con el ceño fruncido. Se había puesto un albornoz a rayas verticales, no demasiado largo.

—Papá, Leslie ha venido a verme a mí—rezongó. Míster Vaughan, muy sorprendido, arqueó las cejas.

—¿De veras? ¡Caramba! —carraspeó.

—Lo sabías. Pero ocurre que no has podido resistir la tentación de tener a alguien con quien hablar. Creo que te aburres demasiado, papá.

—Pues...

—Leslie se quedará a cenar. ¿Vamos, Leslie?

Vaya... La pequeña tirana... Leslie ocultó una sonrisa. Dejó el vaso sobre la mesita y se incorporó. Balbuceó:

—Con... con su permiso, míster Vaughan...

—Por supuesto—contestó, resignado, míster Vaughan.

Y casi corriendo, Leslie y Ruth abandonaron el «cottage», dirigiéndose hacia el bosquecillo situado junto a la piscina. Lo primero que hizo Ruth al saberse a solas con Leslie fue ofrecerle los labios.

Leslie la besó largamente. Por unos instantes, la recordó como aquella noche, sentada en la terraza del Rosen, angustiada, asustada, por el sucio juego de aquellos malditos.

Bien... Aquello estaba listo. Sólo hay algo bueno al final y es que ellos siempre pagan. Luego, un expediente en la Sección de Archivo del FBI y ya está.

Ruth se apretaba contra Leslie, y había que estar muerto para no notar aquel cálido contacto. Oscurecía ya. Todo perfumado, silencioso.

—Te quiero, Ruth—susurró Leslie.

Ella cerró los ojos. Permaneció silenciosa.

—Ruth... ¿No tienes nada qué decir? —inquirió el federal. Ella le miró.

—Soy feliz, Leslie—susurró. La besó otra vez,

Al separarse, Ruth, por un claro, vio a su padre, tras los cristales del ventanal, mirando hacia el exterior.

—Creo que he sido muy egoísta, Leslie. ¿Crees que deberíamos regresar a la casa?— inquirió ella.

Leslie asintió con la cabeza.

Aquello era compasión hacia el viejo. Quizá en otras circunstancias, Ruth no hubiera advertido la soledad de su padre. Pero el amor abría los sentimientos.

Echaron a andar muy juntos.

FIN



Concesionarios exclusivos en América

EDITORIAL AMERICA, S.A.

2180 S.W. 12 Avenue
MIAMI, FLA. 33145-USA



**AGENTE
FEDERAL**

FBI



EDITORIAL ROLL AN S